



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO**

PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA
RESIDENCIA EN PSICOTERAPIA PARA ADOLESCENTES

**“RESIGNIFICACIÓN DE LAS INSTANCIAS IDEALES EN LA
ADOLESCENCIA”**

REPORTE DE EXPERIENCIA PROFESIONAL

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:

MAESTRA EN PSICOLOGÍA

PRESENTA

LIC. GABRIELA PALENCIA FÉREZ

JURADO DE EXAMEN DE GRADO

DIRECTORA: DRA. BERTA BLUM GRYNBERG

COMITÉ: DRA. MARTHA LILIA MANCILLA VILLA

MTRA. BLANCA BARCELATA

DR. JAIME WINKLER P.

DR. ENRIQUE GUARNER DALIAS



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Dedico este trabajo a:

Mis padres, Esther y Gabriel, quienes siempre me han hecho sentir amada y me han alentado a alcanzar mis sueños por lejanos que parezcan. Por respetar mis ideas y confiar en mí, por enseñarme la reciprocidad del amor, y haberme inculcado con su ejemplo el respeto, solidaridad y la empatía hacia todas las personas.

A Cintia, mi hermana, por haber recorrido a mi lado esos años de infancia que hoy nos hacen compañeras y amigas entrañables. Por hacerme sentir protegida y acompañada en cualquier lugar que esté. Por entender y conocerme mas allá de las palabras y permitirme siempre mirarla de cerca y aprender de ella que la vida puede recorrerse sin tantos tropiezos. Por la valentía con la que enfrenta la vida, por manifestarme su cariño.

Gracias a su presencia incondicional yo he podido caminar mas allá de lo que imaginé.

A mis tres amigas, maestras de vida profesión y complicidades. Boni, Claudia y Eunice, regalos de vida que encontré en esta maestría.

A la UNAM, mi alma mater.

ÍNDICE

	Página
RESUMEN.....	4
I. INTRODUCCIÓN.....	5
II. MARCO TEÓRICO	
La adolescencia y la reestructuración de la identidad.....	8
Resignificación e identificación: mecanismos necesarios para la conformación de una nueva identidad.....	13
Narcisismo.....	19
Las instancias psíquicas en la adolescencia.....	25
Aspiraciones Narcisistas.....	33
III. CASO ANA.....	37
IV. ANÁLISIS DEL NARCISISMO EN ANA A LA SALIDA DE LA ADOLESCENCIA.....	56
V. CONCLUSIONES.....	77
REFERENCAS BIBLIOGRÁFICAS.....	81

RESUMEN

El presente trabajo es el registro de la experiencia profesional que tuve durante la Maestría en Psicoterapia para Adolescentes. Expone el caso de Ana, quien se encuentra en la salida de la adolescencia y que presenta al narcisismo como su conflictiva central para el ingreso a su vida adulta. Para el desarrollo del narcisismo tomo como referencia un marco teórico de corte psicoanalítico que sirve de sustento a las intervenciones y análisis del caso.

Palabras clave: adolescencia, narcisismo, ideal del yo, yo ideal

1. INTRODUCCIÓN

El presente trabajo es el resultado de dos años de estudio en la residencia en psicoterapia para adolescentes, intenta dar un ejemplo del tipo de formación recibida durante este periodo. Incluye la revisión de algunos teóricos discutidos a lo largo de esta maestría, los conocimientos y cuestionamientos generados dentro del grupo de trabajo del que formé parte por dos años, las supervisiones clínicas, el análisis personal y el relato de mi experiencia a través del análisis de las sesiones de una paciente en la que el narcisismo fue el concepto que me permitió la reflexión del caso.

La adolescencia es entre otras cosas un periodo de resignificación en la vida de los individuos. Un momento de cambio y transformación en el que se conjugan diversos aspectos que van configurando la identidad adulta. Este proceso se devela en Ana, una joven que logra insertarse en la vida adulta confrontando sus temores y su historia. El valor de recordar lo que por tanto tiempo prefirió dejar en el olvido le da la llave para poder asumirse como autora y sujeto de su historia.

Ana vive en una intensidad extrema, no entiende de puntos intermedios, “todo o nada” permea su visión del mundo y la mantiene en el éxtasis o la destrucción total. A lo largo de su tratamiento ella va descubriendo que el discurso totalizante es imposible de mantener y busca en la psicoterapia una forma de conciliarse con ella misma y con su pasado construyendo un nuevo compromiso con su vida. Ella por más de dos años ha recordado sus dolores, ha hecho un recuento de su historia confrontado a sus fantasmas. Ha ido abriendo algunas heridas y elaborando otras. Ana quiere crecer; quiere saber sobre ella; quiere deshacer los nudos de su pasado para poder saltar a un futuro con mayor libertad; quiere experimentar un salto a la vida adulta.

Este reporte está organizado en tres apartados. En el primero, el marco teórico incursiono en algunas teorías y conceptos sobre la adolescencia y la reestructuración de la identidad, enseguida abordé el tema del narcisismo y las

instancias psíquicas en la adolescencia, conceptos que me permitieron pensar el caso.

Posteriormente, expongo el caso Ana poniendo de relieve aquellos aspectos de su historia en los que se evidencia el discurso totalizante propio del narcisismo desarrollados en un relato cronológico.

Finalmente doy paso al análisis del narcisismo en Ana abordando primero la manera en la que se fue apareciendo a lo largo de su historia y posteriormente cómo éste se presentó en tres momentos cruciales que marcarían la salida de la adolescencia: la búsqueda de un quehacer específico, el proceso de independencia de las figuras parentales y la búsqueda de un objeto exogámico. Remarco en éstos el paso del pensamiento totalizante, propio del yo ideal a uno discriminante, correspondiente al ideal del yo que le permite el tránsito a la conformación de una identidad adulta.

El tratamiento tuvo lugar en el “Centro de Servicios Psicológicos Dr. Guillermo Dávila” ubicado en la Facultad de Psicología de la de UNAM, cuyo objetivo es brindar atención psicológica, tanto a la comunidad universitaria como a la población en general. Debido a que éste se encuentra en un contexto académico, busca complementar la formación de los estudiantes de posgrado con supervisiones clínicas de los casos que se atienden.

Durante los primeros tres meses las sesiones psicoterapéuticas se llevaron a cabo una vez por semana con una duración de 45 minutos. Durante el año siguiente y debido al nivel de angustia que presentaba se aumentó la frecuencia de los encuentros a dos veces por semana. Después de esto se regresó a una sesión semanal teniendo a la fecha en la que se elaboró el presente reporte un total de 88 sesiones.

El tipo de intervención realizada, el análisis del caso y las supervisiones clínicas recibidas estuvieron sustentadas en la teoría psicoanalítica. Se utilizaron herramientas de tratamiento como: el encuadre, que se realizó en los primeros cuatro encuentros de entrevistas y que consistió en acordar el tiempo

y lugar de las sesiones a una vez por semana con duración de 45 minutos, el costo de las sesiones en cincuenta pesos, la instrucción analítica en la que se promueve la libre asociación y la neutralidad. Posteriormente se trabajó por medio de señalamientos, interpretación, construcciones, insights, análisis de la transferencia y contratransferencia todo esto bajo supervisiones clínicas.

ii. MARCO TEÓRICO

Comenzaré este reporte haciendo un breve recorrido de los conceptos que me ayudaron a pensar este caso. Incluyo algunas posturas teóricas en relación con la adolescencia con el fin de ubicar a Ana en este momento de desarrollo en el que la reestructuración de la identidad cobra especial importancia; más adelante abordo el narcisismo y su relación con las instancias psíquicas basándome principalmente en los postulados de Freud y Hugo Bleichmar.

LA ADOLESCENCIA Y LA REESTRUCTURACIÓN DE LA IDENTIDAD

En la adolescencia se va conformando una identidad adulta, esto es puesto de manifiesto en diferentes culturas, muchas veces por medio de ceremonias o rituales que marcan este momento en el que un sujeto es aceptado como miembro del grupo de los adultos, y por lo tanto, se puede decir que está en condiciones para asumir los derechos y obligaciones correspondientes.

El involucramiento social en esta bienvenida a los nuevos adultos dentro de la comunidad es interesante, sin embargo un aspecto crucial y que además se objetiviza en la presente investigación es la experiencia psíquica que experimenta el adolescente para ocupar ese nuevo lugar. Respecto a esto, diversos teóricos de la adolescencia han formulado una serie de teorías y conceptos. Un autor clásico de adolescencia, Peter Blos (1971) se ha orientado en establecer que la adolescencia pasa por una serie de etapas de desarrollo, principalmente se centra en el análisis de las batallas psíquicas que el adolescente deberá librar en cada una de ellas.

Otros autores como Aberasturi y Knobel, (1988) enfocan sus estudios en los diferentes duelos que tiene que enfrentar el adolescente comparando a este periodo de la vida con un estado de psicopatía transitoria; hay autores que destacan procesos específicos que adquieren relevancia en este momento de la vida como la sexualidad, la reedición del complejo de Edipo, la resignificación, el narcisismo, la identificación, la transicionalidad, etc.

Haciendo referencia a las diferentes etapas en las que algunos autores clasifican a la adolescencia, conviene hacer una acotación para mostrar la diferencia conceptual entre pubertad y adolescencia. Hay quienes establecen que la diferencia radica en que la pubertad tiene que ver exclusivamente con los cambios biológicos en tanto que al hablar de adolescencia se refieren a las transformaciones psíquicas del individuo. Al respecto, Freud en *Tres Ensayos de Teoría Sexual* (1905, pp. 214), afirma: "... en el curso del periodo de transición constituido por la pubertad los procesos de desarrollo somáticos y los psíquicos marchan durante un tiempo sin entrar en contacto entre sí, hasta que irrumpe una intensa moción anímica de amor que, intervando los genitales, produce la unidad de la función del amor que la normalidad requiere".

Octave Mannoni, (2001, pp.18) afirma que "la pubertad sigue siendo una crisis puramente individual que no plantea ningún problema social. No se modifica por imperio de la situación histórico-social en tela de juicio, mientras que la adolescencia amenaza de por sí con crear un conflicto de generaciones. Semejante conflicto tiene, por supuesto, sus valores y su ausencia puede tener visos de anomalía (más que de excepción) y, a fin de cuentas, tenerse por síntoma desfavorable".

Lo cierto es que la adolescencia es un proceso determinante en la vida del sujeto, pero ¿qué es lo que determina? las configuraciones esenciales en el aparato psíquico del sujeto para su vida adulta. Eso no quiere decir que esta configuración sea definitiva e inmutable sino que es un momento privilegiado en el cual el sujeto se confronta con cambios biológicos, psicológicos y sociales que ponen de nuevo a la luz con una mayor intensidad una serie de factores, a saber: las pulsiones, la premura de la elección de objeto, la conformación de una nueva identidad que implica todo un proceso de desidentificaciones con las figuras significativas de la infancia para dar paso a nuevas identificaciones en la vida adulta; una búsqueda de un sentido de sí, las elecciones vocacionales, el cuestionamiento existencial etc.

Dentro de estos procesos existe uno que merece mi atención especial: la resignificación de las instancias ideales en la adolescencia como parte esencial

para la conformación de una identidad adulta. En este sentido se enfoca el caso clínico Ana, sin embargo no podemos pasar a ese momento sin hacer alusión al referente teórico correspondiente y para ello mencionaremos aspectos importantes planteados por Sigmund Freud, Octave Manonni, Hugo Bleichmar, Arminda Aberastury, Knobel Freud, Luis Kancyper entre otros.

Es bien sabido que Freud, no trabajó de manera específica con adolescentes, analizó pocos casos y no con el éxito que hubiera querido, como son: el caso Dora o un caso de homosexualidad femenina. Empero, en sus Tres Ensayos de Teoría Sexual de 1905, aporta los fundamentos básicos para su estudio mismos que hoy en día y a más de cien años de su aparición, constituyen un pilar imprescindible para estudiar la adolescencia.

En esta obra, Freud (1905, pp.193) expone que la vida sexual en la pubertad se destaca por dos transformaciones principales "...la subordinación de todas las otras fuentes originarias de la excitación sexual bajo el primado de las zonas genitales, y el proceso de hallazgo de objeto. Ambas ya están prefiguradas en la vida infantil. La primera se consume por el mecanismo de aprovechamiento del placer previo.....la elección de objeto es guiada por los indicios infantiles, renovados en la pubertad, de inclinación sexual del niño hacia sus padres y los encargados de cuidarlo, y, desviada de estas personas por la barrera del incesto erigida entretanto, se orienta hacia otras semejantes a ellas."

Octave Manonni (2001, pp.27) por otra parte habla también sobre la crisis de la adolescencia en los siguientes términos: "sabíamos hacía mucho tiempo antes de Freud que "yo es otro". Sabemos que yo es sucesivamente o simultáneamente varios otros, pero todavía no comprendemos bien cómo todo eso se arregla al terminar la adolescencia, pues el sujeto no se desembaraza en modo alguno de sus objetos prestados; en cierto modo logra modificarlos, integrarlos, hacerlos suyos. Su personalidad continua siendo ciertamente tan compuesta como lo fue siempre, pero es compuesta y, así y todo, está integrada".

Resulta complejo entenderlo pero Manonni lo ha expresado muy bien. Al final el adolescente, o mas bien, el yo del adolescente es una composición de muchos otros que han dejado huella en él y que le han ayudado a conformarse como un ser único.

Por su parte Knobel y Aberastury (1988) observan que el adolescente atraviesa por desequilibrios e inestabilidad extremos, esto configura una entidad semi-patológica a la cual denominan “síndrome normal de la adolescencia”, este síndrome resulta perturbador para el adulto pero es absolutamente necesario para el adolescente en la construcción de su identidad, objetivo principal de este momento vital.

Como parte de este objetivo, el adolescente integra los cambios que vive, sin embargo cada cambio es acompañado por la modificación de sus estructuras psíquicas y de una serie de duelos: 1) duelo por el cuerpo de niño 2) duelo por la identidad infantil y 3) duelo por las figuras parentales de la infancia.

En el duelo que concierne a la pérdida del cuerpo infantil, el adolescente se coloca en una situación de pasividad desplazando su rebeldía hacia la esfera del pensamiento. Aquí puede manejar los objetos simbolizados a manera de fantasías omnipotentes. Si el sujeto no puede enfrentar los cambios del mundo externo y de su cuerpo tratará de manipularlos con el pensamiento negando así su cuerpo infantil perdido.

Con respecto al duelo por la identidad infantil, el adolescente se enfrenta a la imposibilidad de mantener su dependencia infantil y al mismo tiempo tampoco puede asumir la independencia adulta por lo que sufre un fracaso de personificación. Se une a un grupo al cual adjudica los atributos de las figuras parentales, sus responsabilidades y obligaciones dejando fuera la personalidad del sujeto.

Finalmente el duelo por la relación infantil hacia los padres. Ésta se va abandonando paulatina y dificultosamente, los padres no permanecen pasivos ya que tienen que elaborar la pérdida de la relación de sometimiento infantil de

sus hijos lo que produce una interacción de un doble duelo. Las relaciones objetales parentales internalizadas presentan contradicciones por lo que el adolescente se refugia en un mundo autista de meditación y elaboración y busca sustituir a los padres reales con otras figuras significativas enriqueciendo de esta manera al Yo.

Aberastury y Knobel (1988) plantean que la percepción del tiempo para el adolescente adquiere las características del pensamiento primario donde las urgencias son enormes olas, y las postergaciones aparentemente irracionales. En el proceso de diferenciación parece que el presente, pasado y futuro están unidos de manera indiscriminada dando como resultado una temporalidad maniaca vinculada con el núcleo aglutinado de la personalidad. Hay una diferencia entre el tiempo vivencial y el conceptual. El primero se refiere a una noción de temporalidad asociada a caracteres corporales o rítmicos como comer, jugar, dormir. El quedarse fijado en esta percepción del tiempo sería un intento de denegar los cambios. En cambio el tiempo conceptual implica la discriminación de pasado, presente y futuro que sólo se logra con la aceptación de la muerte. Esta concepción temporal permite la salida de la relación narcisista y de la ambigüedad de su conducta. Le permite hacer proyectos con capacidad de espera y elaboración en el presente.

Freud, a lo largo de su obra nos aporta aspectos de la adolescencia precisos que rigen el funcionamiento de los adolescentes. Afirma que normalmente los seres humanos recurrimos a una serie de mecanismos defensivos ante situaciones que generan angustia, el adolescente frente a este complejo proceso de cambio y pérdidas suele recurrir al pensamiento como mecanismo compensatorio ante la angustia que le generan las pérdidas. El fantasear e intelectualizar son mecanismos de defensa con los que el adolescente se refugia en un mundo interior buscando así un reajuste emocional. Comienza la preocupación por principios éticos, filosóficos y sociales como una sublimación.

Por otra parte aparecen las crisis religiosas que pueden ir desde el ateísmo hasta el misticismo más fervoroso y esto surge principalmente con el enfrentamiento de lo inevitable de la muerte. Surge una necesidad de hacer

una identificación proyectiva con imágenes idealizadas que le aseguren la continuidad de su propia existencia y la de las figuras parentales infantiles.

Como puede apreciarse hablar de adolescencia es tan complejo como el proceso mismo que vive el adolescente, por lo que diremos a modo de conclusión y siguiendo las ideas de Kancyper (2007) que lo que caracteriza a la adolescencia es el encuentro del objeto genital exogámico, la elección vocacional más allá de los mandatos parentales y la recomposición de los vínculos sociales y económicos. La adolescencia es el momento privilegiado de la resignificación retroactiva pues constituye una nueva etapa libidinal en donde se alcanza por vez primera la identidad sexual genital como un fenómeno psicológico y social.

RESIGNIFICACIÓN E IDENTIFICACIÓN: MECANISMOS NECESARIOS PARA LA CONFORMACIÓN DE UNA NUEVA IDENTIDAD

Resignificación

La resignificación es importante en la vida del sujeto, pero en la adolescencia su papel es fundamental debido a que por la intensidad de las cargas pulsionales este mecanismo brinda la posibilidad de comprender aquello que había quedado sin registro psíquico en experiencias tempranas.

Ya en 1906 Freud hacía alusión a este importante concepto, al respecto escribió a Fliess la hipótesis de que nuestro mecanismo psíquico se organiza por estratificación de los materiales existentes en forma de huellas mnémicas, las cuales experimentan de vez en cuando, en función de nuevas condiciones, un reordenamiento, una retranscripción. Lo más sobresaliente es la tesis de que la memoria no preexiste de manera simple, sino múltiple y esta registrada en diversas variedades de signos.

Según Laplanche y Pontialis, (1967) se pueden identificar tres importantes aspectos con respecto a la resignificación o posterioridad como ellos la definen:

- a.) Lo que se elabora con retroactividad no es lo vivido en general, sino electivamente lo que en el momento de ser vivido no pudo integrarse en un contexto significativo.
- b.) La elaboración retroactiva viene desencadenada por la aparición de acontecimientos y situaciones, o por una maduración orgánica, que permiten al sujeto alcanzar un nuevo tipo de significaciones y reelaborar sus experiencias anteriores.
- c.) La evolución de la sexualidad favorece notablemente los desfases cronológicos que implica en el ser humano el fenómeno de la posterioridad.

Para que un sentido emerja, se necesitan dos sucesos y un intervalo entre ellos. El sentido habla de encaje de un sentido en el imperio de otro en cuyo orden se instala. Únicamente la segunda escena confiere a la primera su valor patógeno: “se reprime un recuerdo que solo posteriormente se volvió traumatizante”.

Con respecto al caso Emma uno de los pocos casos de adolescentes con los que trabajó Freud afirma “aquí se da el caso de que un recuerdo despierte un afecto que como vivencia no había despertado, porque entretanto la alteración de la pubertad ha posibilitado otra comprensión de lo recordado...se descubre que es reprimido un recuerdo que solo con efecto retardado ha devenido trauma. Causa de este estado de cosas es el retardo de la pubertad respecto del restante desarrollo del individuo.” (1895, pp.403)

Para Freud (1926) la adolescencia representa el segundo apogeo del desarrollo la etapa privilegiada de la resignificación y de la alternativa en la que el sujeto tiene la opción de poder efectuar transformaciones inéditas de su personalidad.

Como podemos ver, adolescencia y nachträglich son indisociables, no hay aquí un mecanismo causal, de preeminencia de lo inconsciente, ni siquiera de anterioridad psíquica, porque el contenido traumático ha sido “depositado”, pero no significado, no ha adquirido su status psíquico. (A. Klein, 2002, pp. 20)

De acuerdo con Freud (1985, pp. 404) “Toda persona adolescente tiene huellas mnémicas que solo pueden ser comprendidas con la emergencia de sensaciones sexuales propias; se diría entonces que todo adolescente porta dentro de sí el germen de la histeria. Y es evidente que hará falta la cooperación de otros factores para que éste universal constreñimiento se limite al escaso número de personas que efectivamente se vuelven histéricas.” Desde esta época ya se comienza a ver en la adolescencia como una etapa que camina de manera muy cercana a rasgos psicopatológicos.

En esta fase, por un lado, se resignifican las situaciones de traumas anteriores, y por el otro lado, se desata un recambio estructural de todas las instancias del aparato anímico del adolescente: el reordenamiento identificatorio en el Yo, en el superyo, en el ideal del Yo y en el Yo ideal, y la elaboración de intensas angustias que necesariamente deberá tramitar el adolescente y sus padres y hermanos, para posibilitar el despliegue de un proceso fundamental para acceder a la plasmación de la identidad: la confrontación generacional y la fraterna. Esta requiere como precondition la admisión de la alteridad, de la mismidad y de la semejanza en las relaciones parento-filiales y entre los hermanos. Para lo cual cada uno de estos integrantes necesita atravesar por variados duelos en las dimensiones narcisista, edípica y fraterna. (Kancyper, 2007).

Desde el *nachträglich*, la adolescencia surge como la posibilidad de comprender aquello que había quedado “sin marca” o registro psíquico en experiencias tempranas...el *nachträglich* es tomado como sinónimo de pubertad, pone en marcha un proceso de temporalización significativa que sexualiza y en el acto de sexualización “engarza”, incorpora, crea, acumula psiquismo. (A.Klein, 2002, pp. 19)

Para Kancyper (2007), este nuevo embate sacude todas las instancias psíquicas y preludia la necesaria reestructuración. En la adolescencia reinstala la asunción de la problemática de la castración, la bisexualidad y de la castración simbólica: soportar la incompletud y por ende la diferencia, en tanto

en el sistema narcisista intrasubjetivo del adolescente como en el sistema narcisista intersubjetivo de y con los padres.

Identificación

La identificación es un mecanismo que organiza el aparato psíquico, J.D. Nasio (1988, pp.137) la define como “un proceso de transformación efectuado en el seno mismo del aparato psíquico, fuera de nuestro espacio habitual y que no puede ser percibido en forma directa por medio de nuestros sentidos. Argumenta “con Freud abandonamos el espacio usual de la distancia entre dos personas, nos introducimos en la cabeza de una de ellas, aislamos la identificación como un proceso específico del dominio del inconsciente y finalmente descubrimos, en el interior mismo de este dominio, que la así llamada identificación sólo tiene lugar entre dos instancias inconscientes: el Yo y el objeto; el Yo entendido como Yo inconsciente y el objeto, que se refiere a la representación psíquica inconsciente de ese otro”.

No hay que olvidar que en el inconsciente no hay representaciones del otro, sino tan solo representaciones inconscientes, impersonales, a la espera de otro exterior que venga a adecuarse a ellas. La identificación entre estas dos instancias, el Yo y el objeto puede clasificarse de la siguiente manera:

- Identificación del Yo con el objeto total (id. primaria)
- Identificación parcial del Yo con un aspecto del objeto
 - Con un rasgo distintivo del objeto (id. regresiva)
 - Con la imagen global del objeto (id. narcisista-melancólica) o la imagen local (id. histérica)
 - Con el objeto en tanto emoción (id histérica)

Los efectos de las primeras identificaciones, las producidas a la edad más temprana, serán universales y duraderas. Esto nos reconduce a la génesis del ideal del Yo, pues tras este se esconde la identificación primera, y de mayor valencia, del individuo...” (identificación del Yo con el objeto total).

En 1921, Freud describe a la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona, y que desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo. Desde el comienzo mismo, la identificación es ambivalente; puede darse la vuelta hacia la expresión de la ternura o hacia el deseo de eliminación. Se comporta como un retoño de la primera fase, oral, de la organización libidinal, en la que el objeto anhelado y apreciado se incorpora por devoración y así se aniquila como tal.

De acuerdo al estudio que hace Freud en *Psicología de las Masas y Análisis del Yo*, Laplanche y Pontialis (1967) clasifican 3 formas de identificación:

- a) Como forma originaria del lazo afectivo con el objeto. Una identificación preedípica, marcada por la relación canibalística y ambivalente.
- b) Como sustituto regresivo de una elección objetal abandonada.
- c) En ausencia de toda catexis sexual de otro, el sujeto puede identificarse a éste en la medida en la que tienen un elemento en común.

Victor Korman, en su libro *Teoría de la identificación y psicosis (1977)* hace un planteamiento muy completo en torno a la identificación. Nos habla de identificaciones primarias y secundarias, las primeras se refieren a los tempranos procesos de identificación que tienen lugar en el seno de relaciones narcisistas, pudiéndose atribuir a la primera todas las características de las segundas, entre ellas, el hecho de no estar aún claramente trazada la frontera entre el yo y el no yo. Las identificaciones primarias se realizan antes del periodo en el que pueda darse la elección o carga de objeto; no se ha realizado la síntesis pulsional fálica y no constituyen el resultado o desenlace de una pérdida del objeto. (Korman, 1977 pp.22).

Continúa afirmando “Estas identificaciones son revestidas con todos los atributos preedípicos, en las cuales el objeto de la identificación es el mismo que el de la pulsión parcial. Carecen por lo tanto de la articulación simbólica y del espacio triangular en el que tienen lugar las identificaciones secundarias.” (Korman, 1977 pp.26)

Este tipo de identificación implica la incorporación de un objeto no catectizado con libido objetal y todavía no diferenciado del sujeto. Esto facilita fusiones del sujeto con sus objetos primarios que en ese momento son sentidos como omnipotentes. Esta fusión temporaria, total o parcial, encuentra expresión en el sentimiento del niño de que él, es parte de su objeto amado y viceversa; también en la pasajera creencia de que imitar al padre o a la madre significa realmente ser o convertirse en ellos. (Korman, 1977 pp.28)

Es imposible hablar sobre la identificación en la constitución de las estructuras psíquicas sin hacer referencia a Lacan. “Basta para ello comprender el estadio del espejo como una identificación en el sentido pleno que el análisis da a este término: a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen.” (Lacan, 1971, pp.87). Sobre esto cita Korman, (1977, pp. 32) “la identificación del sujeto con esta imagen produce un efecto de alineación, ya que cuando cree ser él, unificado, completo, desconoce que lo es por y a través de otro, que le esta anticipando una realidad de la cual carece...condenando para siempre al yo a ser un centro de lo ilusorio, lugar de desconocimiento e impregnado de todos los espejismos de su origen imaginario.” Pero es también este yo el que posteriormente servirá para lograr la diferenciación entre yo y otro. Este proceso culmina con el acceso al orden simbólico y la formación del ideal del yo.

Las Identificaciones secundarias implican formas menos narcisistas que las primarias, y se realizan en espacio-tiempo en el cual los sexos aparecen diferenciados y las identificaciones, por lo tanto, tipifican la identidad sexual del sujeto. Nos encontramos aquí con un aparato psíquico más organizado, capaz de asumir como propios los detalles y características – aun cuando son insignificantes – de los objetos. No hay masividad, sino identificación con rasgos. (Korman, 1977 pp. 56)

De acuerdo con Freud, (1914) a raíz del sepultamiento del complejo de Edipo, las cuatro aspiraciones contenidas en él se desmontan y desdoblan de tal manera que de ellas surge una identificación-padre y madre; la identificación-padre retendrá el objeto-madre del complejo positivo y , simultáneamente, el

objeto-padre del complejo invertido; y lo análogo es válido para la identificación –madre. En la diversa intensidad con que se acuñen sendas identificaciones se espejará la desigualdad de ambas disposiciones sexuales.

Los sistemas identificatorios del sujeto quedan relativamente estructurados en la infancia pero en la adolescencia se da un movimiento intenso de reajustes reacomodos en este sistema y por lo tanto en la estructura psíquica del sujeto.

Con respecto al adolescente y de acuerdo con Octave Manonni (2001), la oscuridad de los fenómenos de identificación es lo que hace difícil una teoría psicoanalítica de la adolescencia. El sujeto está obligado a condenar las identificaciones pasadas. Sabe que ya no es un niño pero sabe también que no es un adulto. Esta exposición produce precisamente una ruptura de identificación en el nivel del yo. A menudo, el adolescente que comienza a perder sus antiguas identificaciones toma el aspecto de algo prestado. Lo observamos con sus opiniones, sus actitudes, su discurso.

La rebelión de los adolescentes consta de identificaciones cruzadas y masivas que son una defensa yoica en la cual el sujeto va desprendiéndose de situaciones infantiles y percibiendo su entrada al mundo de los adultos como peligrosa e indefinida. La reacción de la adolescencia aunque violenta puede adoptar la forma de una reestructuración yoica revolucionaria que lo conduce a la liberación de un superyo social cruel y limitante. Siente que no es él el que cambia, quien abandona su cuerpo y su rol infantil, sino que son sus padres y la sociedad los que se niegan a seguir funcionando con actitudes de cuidado y protección ilimitados. Descarga contra ellos su odio y su envidia desarrollando actitudes destructivas. Elaborar los duelos le permite introducirse en el mundo de los adultos con ideas reconstructivas.

NARCISISMO

Este importante concepto ha tenido un amplio recorrido dentro de las disciplinas que se enfocan al estudio de la psique, dicho recorrido inicia a finales del siglo XIX con Havelock Ellis y Paul Näcke pero es retomado por

Freud quien lo introduce al cuerpo teórico del psicoanálisis y desde ese momento ha sido parte fundante de esta teoría. Autores como Lacan, Nasio, Kernberg, Kohut, Laplanche han contemplado al narcisismo como punto clave para la comprensión de la estructura y funcionamiento del aparato psíquico.

En la teoría psicoanalítica freudiana este concepto aparece en diferentes momentos a lo largo de toda su obra; ya desde 1905 en los Tres Ensayos de Teoría Sexual hace referencia a la libido narcisista o libido yoica definiéndola como el “gran reservorio desde el cual son emitidas las investiduras de objeto y al cual vuelven a replegarse” o sea, la investidura libidinal narcisista del Yo, es el estado originario de la primera infancia, que es sólo ocultado por los envíos posteriores de la libido, pero se conserva en el fondo tras ellos. En 1910 añade a esto, en una nota en la que relaciona al narcisismo con la elección de objeto homosexual.

En la exposición del Caso Schreber (1910) propone al narcisismo como un estadio normal de la evolución de la libido conduciéndolo a establecer la existencia de una fase de la evolución sexual intermedia entre el autoerotismo y el amor objetal; dicha idea se puede apreciar también en Totem y Tabú (1913-1914). “las pulsiones sexuales, en sus tempranos comienzos no se hallan aún orientadas hacia ningún objeto exterior. Cada uno de los componentes pulsionales de la sexualidad trabaja por su cuenta en busca del placer, sin preocuparse de las demás y hallan su satisfacción en el cuerpo del individuo, esta es la fase del autoerotismo a la cual sucede la de la elección de objeto”.

Introducción al narcisismo escrita en 1914, es la obra en la que desarrolla de manera más detallada sus concepciones; contempla al narcisismo dentro del desarrollo sexual normal del hombre y no como una perversión, quedando ligado a las pulsiones de auto conservación. Mas tarde en *Duelo y Melancolía* (1917) analiza el tipo de elección de objeto narcisista del melancólico y la regresión desde la investidura de objeto hasta la fase oral de la libido que es la fuente generadora de la manía, característica de ciertos melancólicos: “la identificación narcisista con el objeto se convierte entonces en el sustituto de la investidura de amor, lo cual trae por resultado que el vínculo de amor no deba

resignarse a pesar del conflicto con la persona amada.” Finalmente en 1923 en *El Yo y el Ello* hace referencia también al narcisismo y la resignación de metas sexuales es decir una cierta clase de sublimación.

De acuerdo con Bleichmar, (1984), el Narcisismo es un modo particular de relación con la sexualidad, se lo entiende como la valoración que el sujeto hace de sí mismo, como la significación del Yo en tanto representación para el sujeto, es decir como éste se ubica en una escala de preferencias de valores.

Después de este breve recorrido hay que centrarse en definir concretamente el concepto y exponer claramente sus elementos.

Narcisismo primario

Laplanche y Pontalis (1967, pp. 230) definen al narcisismo primario como un estado precoz en el que el niño catectiza toda su libido sobre sí mismo. Por otra parte A. Green, citado en Bleichmar (1978 pp.45), lo define como “el estado de aquiescencia absoluta en el cual esta abolida toda tensión”. *¿Pero como es que ocurre este proceso?* De acuerdo con Freud el Yo no esta presente desde el inicio en el individuo, el Yo se va desarrollando a través del tiempo; en tanto que las pulsiones auto eróticas son iniciales, primordiales, por lo tanto tiene que agregarse a este autoerotismo algún tipo de acción psíquica para dar paso a la constitución del narcisismo.

Si se acepta al narcisismo como condición económica, habrá un narcisismo primario, anobjetal, biológico. Este estado primitivo denominado narcisismo primario es caracterizado por la ausencia total de relación con el ambiente y por una indiferenciación entre el Yo y el Ello, situación similar a la que se experimenta durante la vida intrauterina. Empero no se deja de lado la idea de un narcisismo simultáneo a la formación del Yo por identificación con otro, pero éste es ya un narcisismo secundario (Laplanche y Pontialis, 1967 pp. 230)

Con respecto a que el narcisismo primario es anobjetal, hay otros puntos de vista. De acuerdo con Bleichmar (1984) si el propio cuerpo o “sí mismo” son

objetos de amor para el sujeto, resulta evidente que hay un objeto, por lo tanto el narcisismo primario no sería anobjetal.

Siguiendo esta línea de pensamiento, esto último puede explicarse de la siguiente manera: la representación valorativa de sí mismo se construye en la intersubjetividad existente entre el sujeto y las personas significativas de su infancia. El niño que depende de su objeto de amor, se identifica con la imagen valorada de dicho objeto y luego a partir de esa imagen valorada, se valora a sí mismo. De esta manera el Yo tomado como objeto de amor, es una representación construida por identificación con otros y a partir de la representación de sí que otro le da al sujeto, por lo tanto, el yo del narcisismo involucra necesariamente al objeto; se origina dentro del individuo y luego partirá hacia los objetos. El narcisismo caracterizado por el amor del sujeto a la representación de sí mismo es siempre secundario, en este último punto no hay contradicción alguna.

Volviendo al narcisismo primario Freud destaca que los padres del niño adquieren un papel significativo, no solo por su presencia en las identificaciones que conforman al Yo, sino también porque contribuyen a la construcción del narcisismo primario en el niño a partir de su propio narcisismo, un narcisismo aparentemente olvidado, que resurge y deposita en el niño todas las aspiraciones de los padres, proyectan en el niño las propias ambiciones y sueños a los que algún día hubieron de renunciar. El niño debe tener mejor suerte que sus padres: enfermedad, muerte, renuncia al goce y restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño *His Majesty the Baby*. El enternecedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es más que el narcisismo resurgido de los padres, que en su transformación al amor de objeto revoca inequívoca su originaria naturaleza.

Cuando se dice entonces que el narcisismo de niño es el narcisismo de los padres no solamente se quiere significar con esta afirmación que los padres satisfacen su propia necesidad de estima hipervalorando al hijo, sino también que la vivencia del narcisismo satisfecho del niño tiene su origen en los padres.

Narcisismo secundario

En la definición que se hace en el diccionario de Laplanche y Pontalis, (1967 pp. 230) el narcisismo secundario designa una vuelta sobre el yo de la libido, retirada de sus catexis objetales.

Por lo tanto, en el narcisismo secundario se hablaría entonces de una diferenciación de las energías psíquicas que al comienzo están juntas en el estado del narcisismo primario y son indiscernibles para el análisis grueso, y sólo con la investidura de objeto será posible diferenciar una energía sexual, la libido, de una energía de las pulsiones yoicas (Freud, 1914).

La concepción de una libido yoica y una libido de objeto nos remite al supuesto que dividió pulsiones sexuales y yoicas; las pulsiones sexuales se apuntalan inicialmente en la satisfacción de las pulsiones yoicas y más tarde se independizan.

En este mismo texto de Introducción al Narcisismo (1914 pp. 73), Freud hace muchos aportes en cuanto a esta diferenciación. “Nos formamos así la imagen de una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos; empero, considerada en su fondo, ella persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los pseudópodos que emite.....así nos vemos llevados a concebir al narcisismo que nace por replegamiento de las investiduras de objeto como un narcisismo secundario que se edifica sobre la base de otro, primario, oscurecido por múltiples influencias.”

Es posible entonces diferenciar en el narcisismo dos tipos de energía: la sexual y una energía de las pulsiones yoicas, de esta diferenciación podemos formarnos la imagen de una investidura libidinal del Yo, puesta después en los objetos y vuelta nuevamente hacia el Yo.

Con respecto a este tema, J. D. Nasio (1996, pp.67) afirma “para que se constituya el narcisismo secundario es preciso que se produzca un movimiento por el cual el investimento de los objetos retorna e invierte al yo...toma al yo

como objeto. El niño sale del narcisismo primario cuando su yo se encuentra confrontado a un ideal con el cual debe medirse....el niño comprende entonces que su madre desea fuera de él y que él no es todo para ella; esta es la herida infligida al narcisismo del niño. De ahí en más, el objetivo será hacerse amar por el otro, complacerlo para reconquistar su amor, pero esto solo se puede hacer satisfaciendo ciertas exigencias, las del ideal del yo.”

Siguiendo esta línea vemos que el narcisismo esta estructurado en el seno mismo de la situación edípica, en donde la perfección queda connotada como triunfo frente al rival. El Edipo implica que hay alguien mas además del propio sujeto que puede ser amado por el otro significativo. Tener los valores de la perfección narcisista asegura que se siga estando ubicado en el lugar de privilegio, que alguien se haya tomado a sí mismo como objeto de amor, viendo en sí a un ideal es lo que forma el núcleo de la caracterización del narcisismo. (Hugo Bleichmar, 1984)

De acuerdo con Kancyper (2007), la relación de los padres con el hijo se sustenta estructuralmente sobre la elección de objeto de tipo narcisista. Por lo que la reestructuración en el yo ideal durante la adolescencia adquiere una conmoción particularmente dramática, por el choque de sentidos, pues reabre a posteriori las heridas narcisistas no superadas en ambas partes especulares.

Hablando de la elección de objeto Freud, en introducción al Narcisismo (1914) afirma que ésta puede ser de dos tipos: según el tipo narcisista, o de apuntalamiento (mujer nutricia y hombre protector).

En la elección de objeto de tipo narcisista se ama a lo que uno mismo es, fue o querrá ser así como a quien fue parte del sí mismo propio, es decir, que la elección se hace con semejanza al yo. Aunque no hay que olvidar, que en el mismo artículo, hablando del narcisismo en las mujeres, también propone como un tipo de elección narcisista las elecciones que involucran a otra persona que sea capaz de elevarles la autoestima, la vivencia de perfección, de completud, de omnipotencia.

En el tema del narcisismo tendremos que abordar dos órdenes de problemas, uno es el de la relación entre el yo y el objeto, relación de semejanza o de diferencia, y el segundo problema es el de la vivencia de perfección, de autosatisfacción, de completud, en síntesis, de hiperestimación de sí mismo. Es importante recordar que el sujeto es siempre alguien en términos de una posición en el seno de una estructura: si varía la representación del objeto se modifica la de él y viceversa. El objeto no es débil y poderoso en sí mismo sino con relación al sujeto. Pero también puede serlo de identidad: el sujeto ve al objeto a su imagen y semejanza, o se ve a sí mismo como si fuera igual al objeto.

LAS INSTANCIAS PSÍQUICAS EN LA ADOLESCENCIA

Yo

Existe una concepción del Yo como órgano, es decir con respecto de sus funciones tales como la percepción, conciencia, motilidad, mecanismos defensivos, etc. El Yo función es la condición de posibilidad para que exista el Yo representación, el cual se construye debido a las diferentes funciones del psiquismo. Cuando estas funciones están cargadas de libido narcisista se acrecienta el amor por su Yo o mejor dicho por su representación la cual finalmente es la representación de un otro.

Este apartado nos centra el análisis del Yo en tanto conjunto de representaciones (identificaciones). Como hemos visto antes en el concepto de identificación y narcisismo, el Yo es una instancia psíquica que representa al sujeto. Es un conjunto de identificaciones que se articulan entre sí, éstas pueden o no ser de tipo narcisista. Las segundas se formulan desde valoraciones de juicios positivos y negativos que se formula el sujeto sobre sí mismo. Las representaciones narcisistas que constituyen al Yo implican juicios de valor, aceptaciones y rechazos apasionados, preferencias y relegamientos. (Bleichma, 1978)

A esto se añade que la identidad se construye a partir de la identificación con otro y no se sostiene solo en la subjetividad del sujeto sino en que otro acepte también tal identidad como verdadera. Por lo tanto la presencia del otro es fundamental para las sucesivas transformaciones del Yo representación.

Esta situación implica el análisis de la imagen que tienen los padres de si mismos y la construcción de la representación del Yo en el hijo. Dicha situación adquiere especial significación durante el drama edípico en donde los deseos y angustias organizan las representaciones que cada uno de los participantes tiene de sí y de los demás.

Una personalidad narcisista centra sus funciones y actividades alrededor de su propia valoración y por lo tanto es estimulante toda actividad que aumente la autoestima y análogamente son rechazadas las funciones que empequeñecen al Yo ante si mismo.

Superyó

El superyó como instancia psíquica tiene como función la observación del cumplimiento de las normas sociales y especialmente durante la adolescencia en donde se reactualizan los deseos edípicos debido al incremento pulsional; en esta etapa tiene una doble función: imponer de nuevo el tabú del incesto y permitir la sexualidad exogámica.

Emerge del complejo de Edipo relativamente conformado a partir de identificaciones que sustituyen las relaciones libidinales con los objetos primarios. Parecería que el tipo de identificación que va a constituir el superyo correspondiera a aquellas identificaciones Edípicas realizadas sobre el modelo del objeto perdido mientras que el tipo de identificación que va a constituir al yo es predominantemente del tipo que caracterizamos de identificación con el rival (histórica). (Korman, 1977 pp. 49).

De acuerdo con Kancyper (2007), durante al adolescencia ocurre una temporal desestructuración del superyó debido a que el Yo trata de alejarse de él, pues

lo considera como un objeto incestuoso, dicho alejamiento es un proceso doloroso equivalente a la pérdida de un objeto amoroso, necesita alejarse de lo que al momento se ha constituido como su fuente de seguridad: identificaciones parentales e ideal del Yo.

El superyó no solo es un residuo de las elecciones de objeto del ello, también deriva en una formación reactiva frente a ellas. Su vínculo con el Yo comprende también dos advertencias: así como el padre debes ser y así como el padre no te es lícito ser, o sea hay cosas que el hace que le son reservadas solo a él. Este doble aspecto debe su origen al ímpetu de represión del complejo de Edipo. (Freud, 1923 pp.36)

El considerar esta génesis del superyó, pone de manifiesto que es resultado de dos factores biológicos: el desvalimiento y la dependencia del ser humano durante su prolongada infancia y el hecho del complejo de Edipo, mismo que se interrumpe temporalmente durante el periodo de latencia y su reactivación durante la pubertad.

En esta reactivación del Edipo, el adolescente necesita desprenderse de las primeras relaciones de objeto suavizando las imágenes parentales prohibidas y reconciliándolas con otras, de padres más reales, sexualmente activos, permisivos, que lo confirmen en su identidad sexual. (Kancyper, 2007).

Suele ser común el análisis de las instancias psíquicas Yo, Ello y Superyó, sin embargo el yo ideal y el ideal del yo tienen una gran importancia y en este apartado hablaremos de cómo se conforman, de cómo inciden en las relaciones que establecen los sujetos y de cómo un cierto tipo de discurso es la base de su diferenciación.

Yo ideal e ideal del Yo, son dos modalidades de organización discursiva, ambos tienen un funcionamiento diferente según sus propias reglas, en ambos casos regulan la relación del sujeto con el otro en cuanto al otorgamiento de valorizaciones.

Yo ideal

Hablar de la conformación del Yo ideal nos remite nuevamente a los conceptos de narcisismo, identificación y representaciones. Esta instancia psíquica es esencialmente narcisista y se origina en lo que Lacan explica como el estadio del espejo. A través del proceso de idealización el sujeto pretenderá a lo largo de su vida reconquistar el estado de omnipotencia del narcisismo infantil.

Como se dijo antes el Yo representación se construye de las valoraciones que hace el sujeto de sí mismo, estas valoraciones ubicadas en el extremo máximo de valía conforman al Yo Ideal, y por la conformación del mismo podemos decir que no hay un solo yo ideal, sino que existen muchos, que corresponden a los diferentes rasgos, (Bleichmar, 1984)

Al decir que el Yo Ideal se construye de categorías con valores máximos, nos lleva a ubicar una serie de atributos que conforman una escala, en la cual hay valores opuestos los cuales constituyen el negativo del Yo ideal.

Freud (1914) por su parte, expone la dificultad del hombre a renunciar a la satisfacción de la cual gozó, lo que lo lleva a lo largo de su vida a tratar de recobrarla. En el Yo Ideal deposita el amor que durante la infancia gozo el Yo real, de esta manera lo que proyecta frente a sí como ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia en donde él fue su propio ideal.

Hay una característica de suma importancia en el Yo Ideal y es la incondicionalidad de la admiración de otro; otro cuya perfección no admite discusión. Nos dice Bleichmar (1984) que alguien con ausencia de requisitos que deben satisfacerse, se convierte en un Yo ideal. Inicialmente hay una condición básica (atributo soporte del Yo ideal) que debe ser satisfecha, sin embargo a partir de que ésta se cumple no hay mas exigencias por parte del objeto. La incondicionalidad mencionada mantiene indefinidamente la demanda de cumplimiento. La incondicionalidad de la admiración que construye el yo ideal se refiere entonces a un libre desplazamiento de la valoración desde el atributo idealizado hacia la totalidad de la representación

del sujeto. No hay representaciones previas de las acciones y sus formas que han de maravillar al Yo ideal, éstas van apareciendo y cautivándolo: la exclamación precede al acto y le dota de su cualidad.

La representación de un Yo ideal es posible porque hubo alguien capaz de verlo de esa manera, así el sujeto sentirá el deseo de complacerlo. Cuando el niño es mirado de esa manera, no se mide según valores externos, mas bien lo que sea el niño en esos momentos es lo que constituye el modelo a partir del cual queda definida la perfección.

Tal y como dijimos antes las instancias ideales son cierto tipo de discurso. En el caso del Yo ideal existe un discurso característico que tiende hacia el futuro, en donde el Yo ideal es el conjunto de representaciones que dicho discurso va construyendo impulsado por la búsqueda de placer narcisista. Este discurso es totalizante y desarrolla una tesis que agrada a la afectividad del sujeto; todo de cuanto habla esta situado en una escala de la cuál solo toma sus máximos valores hacia ambos lados, es un discurso sin matices, así algo podrá ser o perfecto lo peor, pero todos los valores que estarían en el medio son inexistentes en este tipo de discurso. En el Yo Ideal a partir de un atributo que es el soporte de la idealización, gesta la representación total de la representación y desde ahí puede supervalorar cada una de sus partes.

Ideal del yo

El ideal del Yo corresponde al comportamiento que el Yo sujeto debe seguir para otorgar su aprobación al Yo Objeto, dicho comportamiento se identifica con la autoridad familiar. (Lagache, citado en Bleichmar, 1984 pp.84)

Freud (1921) en Psicología de las masas y análisis del yo, dice con respecto al ideal del Yo que es una instancia a la que se le atribuyen, funciones de observación de sí, conciencia moral y censura onírica, principal factor en la represión. Se considera como el heredero del narcisismo originario. Inicialmente el Yo se contenta a si mismo, después toma del medio las

exigencias que plantea al Yo y las cuales no pueden ser satisfechas mas que en el ideal del Yo.

Cuando se somete a un análisis se encuentra que esta instancia ideal y su delirio de observación halla su origen en las influencias morales de las autoridades sobre todo de los padres, ahora agenciada por las voces y a la que al transcurso del tiempo se van sumando los educadores, maestros y el desfile interminable de todas las otras personas del medio. (Freud, 1914)

Como se vio antes, en el Superyo del adolescente hay una tendencia a alejarse de ese objeto, considerado incestuoso, en el caso del Ideal del Yo, hay una rebelión frente a esta instancia censuradora, en donde el sujeto quiere desprenderse de todas esa influencias principalmente la de los padres y retirar de ellas la libido. (Bleichmar, 1984)

Por otra parte, la castración simbólica adquiere una significación particular, ésta no implica que un sujeto no pueda ser visto como poseedor de la máxima perfección para un rasgo determinado sino que no hay nadie que ocupe el lugar de la compleción imaginaria, es decir, sea la suma de todas las perfecciones. Se ha entendido erróneamente que la castración simbólica determina que el hijo deje de ser el preferido de la madre, y que el preferido sea el padre. El hijo podrá continuar siéndolo, pero en su carácter de hijo, se rompe la unificación ilusoria de la madre y esta pasa a ser madre, esposa, hija, etc. Lo que ocurre en la castración simbólica es que el hijo deja de ser el único, o sea el que satisfaga la totalidad del deseo materno.

Según Lacan hay una clara diferenciación en las instancias ideales, mientras el Yo ideal, se ubica en el plano imaginario, el ideal del Yo toma su lugar en el plano simbólico, lugar de las exigencias de la ley. Bleichmar (1978) nos dice que el Ideal del Yo resulta algo externo, una condición que se refiere siempre a un aspecto parcial, con lo que se compara un rasgo correspondiente a una misma categoría temática, debe pasar del discurso totalizante del yo ideal al discurso discriminante.

En el ideal del Yo hay un discurso social que se adjudica como realidad por ello permite juzgar si un rasgo del sujeto es valioso o no para la persistencia de un ideal particular.

El paso de una instancia hacia otra requiere de un cambio en el tipo de discurso; se pasa del Yo ideal considerado como la representación que se tiene de alguien, de la imagen ya formada (discurso totalizante), al estudio de las reglas que rigen su formación y al contexto inter e intrasubjetivo en el cual se produce (discurso discriminante).

El cambio de un tipo de discurso totalizante a uno discriminante, corresponde a la realización de juicios, determinado por el principio de placer y el principio de realidad. Cuando solo opera el principio del placer, los juicios se hacen sobre la base de si produce o no placer, juicios parciales. Cuando surge el principio de realidad surgen también los juicios imparciales, puede compararse una idea con su huella mnémica correspondiente y determinar su verdad o falsedad al contrastarla con lo exterior.

Acerca de las diferencias en ambos tipos de discurso; Bleichmar (1984) observa que el discurso que construye al Yo ideal es la primacía absoluta de un único sentido sobre el significante en donde la transposición categorial se realiza, estando establecido de antemano el punto al que se debe llegar. El discurso se organiza en la perfección, es retroactivo e incluyente de datos de categorías preexistentes. Por el contrario el discurso del Ideal del Yo es abierto, imprevisible en sus resultados, es articulador de categorías sémicas, de coordinación de clases y no de inclusión forzada.

Uno de los grandes teóricos que se ha empeñado en el análisis de la discursiva totalizante es Bleichmar (1984), dentro de sus ejes de análisis destaca dos condiciones del discurso totalizante, a saber: a) Rechazar los intercambios entre discurso y realidad y b) Equiparar realidad y discurso. Es un discurso indiscutible, tiene un seguro contra su refutación consistente en contener entre sus proposiciones algunas que sostienen que cualquier cuestionamiento es

evidencia de que pertenece a otro discurso equivocado que no logra captar la realidad.

Para llegar a adquirir este tipo de discurso se sigue un proceso que nos remite hasta la génesis misma de la escisión. Bleichmar (1984 pp.38) al igual que otros autores afirma que no existe un sujeto unificado. Aun cuando la imagen en el espejo y el nombre conque se designa a un sujeto crean la ilusión de la unificación, dado que se observa una imagen unificada y el nombre designa una unidad. Sin embargo, el ser humano es alguien en función de otro, con las representaciones y operaciones de funcionamiento de otro, de tal suerte que la simbiosis es un tipo de configuración de la intersubjetividad en la cual la persona existe como subsistema, es decir solo existe la ilusión de que el sujeto es independiente y la realidad es siempre otra.

Llegar al discurso totalizante implica también un detenimiento en el análisis de la realidad: placer y realidad un ámbito cuyo dominio implica gratificación. Esta relación implica que cuando hay un conflicto con otro, el sujeto abandonará la creencia en el pensamiento de aquel y se entregará solo a su propio pensamiento a fin de no entrar en conflicto con la realidad y permanecer en el goce.

En el discurso totalizante las creencias básicas arraigadas en el inconsciente pueden ser de un orden tan abarcativo que terminan generando la mayor parte de los enunciados que van creando el psiquismo. El inconsciente opera de manera automática con juicios totales, es capaz de cambiar una identidad por una proposición universal y regirse por la misma, es decir genera un salto entre el juicio atributivo de identidad y la premisa universal lo que produce una ruptura en el inconsciente con la lógica formal. Tal parece que no hay espacio ni para la razón, ni para la crítica, ni para la lógica: es el todo por el todo.

Luego entonces, la función crítica en el discurso totalizante se ve afectada de tal manera que cuando éstas aparecen se intercambia por la admiración, se produce un enamoramiento y megalomanía.

En el caso de que el sujeto escindido reaccione a su propio discurso puede aceptar la crítica y someterse pero es posible que reaccione con desesperanza, tristeza y llanto. Puede suscitarse un círculo en donde el sujeto se autorreproche y reaccione con enojo como si un tercero lo hubiese ofendido, a su vez el enojo produce nuevamente un autorreproche, constituyendo así un circuito retro alimentador. Es lo que se ve en los sujetos que ante un error se auto reprochan, sienten la rabia del narcisismo lastimado, lo que los lleva a atacarse más violentamente, disminuyendo su autoestima, aumentando la rabia consecuente, y así sucesivamente.

ASPIRACIONES NARCISISTAS

El Yo ideal e ideal del Yo sirven para delimitar el tipo de demanda de reconocimiento que se puede encontrar en el sujeto. Bleichmar trabaja este tema a profundidad, su postura es que “Todo sujeto se plantea siempre una posición con respecto a otro, una posición en la que el deseo de obtener el reconocimiento del otro es imprescindible. El deseo de ser alguien para otro, de ser deseado, que constituye desde el comienzo al sujeto, queda enclavado en el inconsciente como una escena fantaseada en la que el sujeto aparece recibiendo la admiración de los otros”. (1984 pp.109)

La modalidad que adopte el deseo de reconocimiento narcisista será una característica específica del sujeto. Verdadero anclaje del deseo que al alcanzar el papel de una estructura intra psíquica va a regular la captación del otro y su relación con éste.

Deseos de reconocimiento narcisista

Siguiendo el trabajo de H. Bleichmar en “El narcisismo. Estudio sobre la enunciación y la gramática del inconsciente”, 2007, Podemos citar los tipos de deseos de reconocimiento narcisista:

a) Deseo de ser reconocido como un yo ideal único

Con respecto al primer aspecto, al sujeto no le basta con ser un yo ideal, debe serlo con exclusividad: “o yo o el otro”. El deseo se desplaza de un objeto a otro en esta búsqueda de reconocimiento y admiración incondicional. La denominada angustia existencial es de naturaleza narcisista. La falta de interés y la dificultad de encontrar una vocación es una manifestación de la insatisfacción por no estar ubicado como un Yo ideal. Por esta situación el sujeto puede intentar una y otra vez cambiar de vocación tratando de encontrar la ideal o verdadera, sin embargo esto no es posible porque sea cual fuere la actividad terminará por darse cuenta que no le agrada, porque no se trata de la actividad en si misma sino de la capacidad que ésta tenga para mantenerlo en la posición de Yo ideal a la cual aspira. Es decir, no se trata de algo en concreto que se pueda tener o ser, sino a la posibilidad de admiración incondicional de otro o bien del Superyo.

b) Deseo de ser reconocido como un yo ideal

Aquí el sujeto también espera ser reconocido como yo ideal, salvo que aquí se deja de lado el carácter de exclusividad. Es común que forme parte de un grupo que constituye un yo ideal.

c) Deseo de ser reconocido como la personificación del ideal del yo

El sujeto desea ser el ideal del yo, es decir, ser admirado y reconocido en algún aspecto de su personalidad y no como una unidad totalizante como en los casos anteriores. Un rasgo valorado narcisísticamente (intelectual, moral, físico, económico etcétera) será sobre el que recaiga toda la carga. Mientras la satisfacción sea alcanzable en éste, el sujeto podrá aceptar no poseer la perfección en el resto de los rasgos.

d) Deseo de ser alguien que goce del reconocimiento narcisista del otro sin aspirar a constituir un modelo de perfección global o parcial.

Es el más común entre todos, aunque no hay que olvidar que el deseo de ser un yo ideal único subyace a cada una de las aspiraciones. Lo que cambia es el grado de fijación a éste.

Si bien el deseo de aspiración narcisista se visibilizan en 4 aspectos, las causas de que se elija uno u otro tipo de deseo depende de dos aspectos: primero de la identificación con el modelo de aspiración narcisista que tuvo su otro significativo y segundo de las condiciones que pone el otro significativo (padres) para otorgarle al sujeto admiración, y de que éste aspire o no a ser un yo ideal. Si el otro solo lo acepta cuando es perfecto, el mejor de todos, se generará, la aspiración de serlo como única posibilidad de retener su amor.

Sin embargo para que una identificación con el Yo ideal tenga cierta estabilidad se requiere, no solo que los padres hayan visto al niño como tal sino que además ellos mismos hayan ocupado ese lugar de privilegio. Además en la conformación de un Yo ideal, están en juego dos tipos de representaciones: la que hicieron los padres por un lado y por otro la perspectiva que del sujeto pudieron tener los demás.

Desde esta perspectiva, el niño sufre una profunda herida narcisista que deja una huella imborrable en su psiquismo, esta herida ocurre cuando el niño descubre que sus padres han de inclinarse ante un tercero, que dependen de otros y no son los mejores o los únicos que mandan, se produce entonces la castración social.

Cuando un sujeto es exhibicionista, proyecta sobre otro un admirador del que trata de obtener su atención, intentando reproducir la experiencia de satisfacción que tuvo en la infancia con sus padres. Por el contrario un sujeto tímido proyecta una figura que lo ridiculizará, esto suele ocurrir como resultado de un ambiente hipercrítico, en donde la crítica actúa como un freno interior ante el exhibicionismo.

iii. CASO ANA

Recibo mi primer expediente, es mi primera paciente en la residencia de adolescentes. Después de haber trabajado varios años con personas con enfermedades terminales atender adolescentes es un universo totalmente diferente. Espero que lo poco que recuerdo de mi adolescencia me de la empatía necesaria para trabajar.

La entrega de expedientes es azarosa, la mitad del grupo está reunida, recibimos uno cada uno, yo recibo el mío y veo un nombre de mujer, Ana María, 23 años, estudiante de la UNAM, cursa el tercer semestre, nacida en una ciudad de provincia, “casualmente” la misma ciudad en la que yo viví hasta mi adolescencia. Muchas coincidencias. Pienso en cambiar mi expediente con un colega pensando en la posible contratrasferencia y en lo que pudiera estorbar para la escucha,. Surgen múltiples pretextos e intentos de justificación ante el miedo de comenzar a hacer clínica y ser observada por mis compañeros y maestros. Finalmente decido trabajar con esa paciente y reírme un poco de mí y de mi miedo. En ese entonces no sospechaba que ella, mi primera paciente de esta residencia iba a permanecer en tratamiento durante más de dos años, hasta hoy.

Decido que mi reporte de experiencia profesional se refiera al trabajo con Ana, con quien he logrado confrontarme como terapeuta de adolescentes. En este trabajo he estudiado a diferentes teóricos y he tratado de seguirlos, cuestionarlos, admirarlos y confrontarlos mientras que mi paciente me recordaba una y otra vez que la clínica no es solo teoría, sino una experiencia compartida donde el terapeuta debe entrar con su sentir, su pensar y su historia.

El caso Ana nos presenta de manera muy clara muchos de los problemas que se presentan en la adolescencia y más aún, en la salida de ésta; la construcción de una identidad a través de diferentes movimientos identificatorios; la

dinámica de las instancias ideales; la reactualización del complejo de Edipo; el proceso de separación e individuación; la emergencia de la sexualidad genital y la elección de objeto exogámico entre otros.

Este caso nos brinda una visión de diferentes aspectos de la adolescencia, sus desbordamientos y repeticiones, su movilidad, su dureza, su belleza y terrores.

El primer encuentro

Ana llega puntual a su primera sesión, fue ella quien voluntariamente acudió al Centro de Servicios Psicológicos de la Universidad a solicitar una cita. Es una chica 21 años, de estatura media, complexión robusta, morena clara, cabello largo y negro; la fineza de sus facciones se pierde un poco debido a su sobrepeso, tiene ojos cafés y almendrados. Aún cuando se adorna con aretes y collares grandes y vistosos o escotes muy pronunciados las huellas de la angustia y el agotamiento se evidencian en su rostro.

-¿Motivo de consulta?

-Tengo ataques de ansiedad cuando tengo que tomar decisiones. No me puedo concentrar para estudiar y hacer mis trabajos de la escuela, si vine a México a estudiar y no puedo hacerlo, entonces a qué vine? De repente estoy en medio de las islas y no se si ir a la escuela, ir a mi casa, a la biblioteca o al baño, me paraliza y no sé que hacer, es ahí donde me pongo muy mal, además mis amigos dicen que estoy loca y que soy una obsesiva, sé que esto no es una cura mágica, pero vengo a que me digan qué es lo que tengo.

¿Quién es Ana cuando llega a tratamiento?

Es una joven que lleva un año y medio viviendo fuera de su ciudad natal. Vino a México a estudiar, vive cerca de la universidad, renta un cuarto en una casa que comparte con varias personas con quienes evita tener contacto. Estudia tercer semestre una licenciatura en el área de la salud, y trabaja haciendo investigación en su misma facultad. Dice que no es buena estudiante, aunque sus calificaciones estén dentro del promedio. Su pensamiento está marcado por frases como “si no vas a ser una de las mejores, mejor no seas nada”. Su

grupo de amigos es reducido, le cuesta trabajo relacionarse con ellos y cree que no está mal tener estándares de amistad que la circunscriban a “los inteligentes”. Pareciera que le es difícil integrarse a su nuevo estilo de vida, vuelve a su ciudad natal cada fin de semana.

Habla de su pasión por la lectura, la escritura y la fotografía, anteriormente asistió a algunos talleres pero no son actividades que lleve a cabo regularmente porque no se considera suficientemente buena haciéndolo. “Lo intentaba un rato pero las cosas no salían como en mi cabeza, entonces ya mejor lo dejaba. En cambio, hay otros que sí son buenos”.

Tiene un novio, desde hace algunos meses, él fue quien le ayudó a prepararse para el examen de ingreso a la universidad, era su maestro; está ahora en el D.F. haciendo un posgrado y renta un cuarto en la misma casa que Ana. Ella lo describe como un tipo aburrido y cuadrado. No habla nunca de estar enamorada de él, es más bien una especie de compañero para evitar la soledad.

Ana llega a terapia con mucha angustia, su estructura de personalidad es débil en este momento, parece muy asustada, habla de sentirse perdida. El hecho de estar en una ciudad diferente es por un lado muy liberador, un intento de separación de su familia, de crecer, pero al mismo tiempo es terriblemente amenazante y una de las causas de sus “ataques de ansiedad”. El permanecer en esta ciudad está siempre puesto en balanza con volver a su casa en provincia.

En las sesiones se muestra cooperadora y un poco regresiva, habla muchas veces con tonos de voz de niña chiquita o modos de relación dependientes. Tiene muchas dificultades para simbolizar los afectos, solo aparecen los significantes “raro y chistoso” intentando describir la complejidad de su sentir. Manifiesta mucha culpa cada vez que habla de algo “negativo” de alguien de su familia, especialmente de su madre.

En el inicio del tratamiento era muy fuerte su demanda para que yo interviniera, los silencios le resultaban muy difíciles y angustiantes, tardó varios meses en ir asumiéndose como la poseedora de la palabra en las sesiones. Una vez que entendió esto después de un largo proceso en el que hubo mucho enojo, frustración y sarcasmos pudo ir entrando en la idea de que ella era responsable de su tratamiento. Ya para entonces, la transferencia había comenzado a permear el trabajo; ésta era ambivalente, repitiéndose el tipo de relación que tenía con su madre y reactualizando así su objeto primario.

Historia personal

Ana María es hija de Rogelio y Ana María. Los recuerdos de su padre son contados ya que nunca vivió con ella. Lo que sabe de él por medio de su madre es que ya tenía otra familia cuando conoció a su mamá y que al nacer Ana pensaba en dejar a su primera esposa e irse a vivir con ellas. Esto nunca pasó ya que poco tiempo después, uno de los hijos de Rogelio murió por una enfermedad que no fue detectada a tiempo. Esto determina la decisión del padre de permanecer en su primer matrimonio. Ana vio muy pocas veces a su papá, tiene muy pocos recuerdos de él, uno es cuando ella, a los tres o cuatro años en un restaurante. Ella se baja de la silla para jugar entre las mesas y escucha a su padre decirle a la mamá “déjala”. Esa es la palabra con la que lo recuerda.

Otro es un encuentro a los 17 años cuando tiene que verlo en unas oficinas para que le firme una autorización para salir del país en intercambio al extranjero. Ella se sintió un poco decepcionada al reconocerlo, “¿Esto es? ¿Nada mas? Fue chistoso verlo, me lo imaginaba diferente, pensé en cómo se iba a sentir al verme tan grande, solo me dijo que nada de lo que me habían contado era verdad”. Ella cree que ninguna excusa es suficiente para justificar que no la haya buscado nunca. Toda la versión posterior reconoce, es la versión de la madre, quien habla de un padre duro, machista, frío, sarcástico, irresponsable y ante todo abandonador. Después de esto, cuando por cuestiones económicas estuvieron a punto de sacarla de la escuela particular, decidió llamarlo por teléfono pero él la confundió con la madre ya que tienen el

mismo nombre. No le dio tiempo para explicarle la confusión, solo le dijo que no tenía dinero y que no lo molestara más. Ana colgó el teléfono asustada. Este fue un paso importante ya que no cuestionará por largo tiempo la imagen que tenía de su padre. Estos recuerdos irán modificándose y resignificándose a lo largo del tratamiento, brindando material de análisis importante.

El tema del padre es evitado durante el primer año de tratamiento, Ana no quiere hablar más de él, y se muestra especialmente resistente ante mis invitaciones a traer el tema a sesión. Después de esto, ella comienza a preguntarse por él en sesión y a interrogar a su familia. Se permite cuestionar la versión de la madre para intentar construir ella misma una imagen paterna. Necesita confrontarse con él para así poder separarse, es un intento de reescribir su historia siendo ella quien le de sentido y renunciar a las versiones de los otros como verdades absolutas.

La madre de la primera infancia, en este caso hasta los seis años, era una ejecutiva exitosa, una mujer trabajadora con muchas empresas a su cargo, entre la cuales un negocio, en el cual conoció a Rogelio. Después de embarazarse, a los 35 años y ver que su pareja no iba a vivir con ellas decidió quedarse a vivir con su bebé en la casa de sus padres como hasta entonces lo había hecho. Ana cree que la madre decidió tenerla porque era su última oportunidad debido a su edad, supone que fue deseada ya que piensa que su madre bien pudo decidir no tenerla. Esta versión habla de los deseos personales de la madre, pero no hace alusión a ser ella deseada como hija, como sujeto. La madre la nombra Ana María, igual que ella y que la abuela. Pero Ana no usa el segundo nombre para diferenciarse.

La madre siempre trabajó, muchos años fue una de las principales proveedoras de la casa. Debido a que trabajaba todo el día, los recuerdos de Ana están plagados de esperas, llamadas por teléfono, cenas pospuestas y compensadas con desayunos y juguetes, firma de calificaciones una calle antes de la escuela, tardes enteras esperándola, fuertes estados de angustia pensando que algo le había pasado a la madre, enojo por su abandono y por no cumplir con su “papel de madre”, envidia al ver como otras madres sí cumplían este papel

idealizado: la que le hace de comer a los hijos, que retiene al padre, que está en casa cuando la necesitan, la que asiste a los festivales, la que prioriza a su hija ante todo...ante todos.... la madre buena, ideal -y en este sentido, la antítesis de la propia-.

Logra idealizar la imagen de la mujer trabajadora, profesionalista, inteligente, y es esa la imagen que evoca hoy en día como llamado a la mujer que puede admirar. Si bien la imagen idealizada no es la de la madre, si lo es la de la mujer, por lo que el ideal del yo tiene aquí una de sus bases. Ana siempre ha rechazado la idea de ser madre, no le interesa y lo cuenta con cierto repudio como la idea de tener una relación de pareja estable, que a Ana le resulta "irrisoria".

Esta imagen exitosa de la madre como mujer cambia radicalmente a partir de los seis años cuando, decide ir a vivir con su pareja. Este vuelco lo trabajaremos mas posteriormente, pero vale la pena mencionar que la casa en la que vivió Ana con su madre en estos primeros años la llamó siempre "casa de los abuelos" aún hoy, varios años después de su muerte.

Vivieron juntas en "la casa de los abuelos", una casa grande donde habitaban el abuelo, quien falleció hace diez años de una larga enfermedad. Para Ana, fue en buena medida la imagen paterna, un hombre inteligente y autodidacta, que logra ascender intelectualmente por medio de la lectura. La imagen con la que lo evoca es la de un hombre sentado leyendo. Aquí ella sitúa su amor por los libros, para estar con el abuelo tenía que estar en silencio y leyendo, en una suerte de imitación. Descubre en los libros una forma de evadirse de la realidad, de la misma manera en la que lo hacía el abuelo. "Prefería estar leyendo, así ya no estaba sola". "Cuando mi abuela y mis tías peleaban mi abuelo decía todas están locas y continuaba leyendo el periódico"

Es él quien cumple la función paterna pero desde una postura de "ser el falo" aquel sin falta, sin falla, el todopoderoso patriarca de la horda primitiva. Ana mantiene esta imagen sin mancha, idealizada "no me dio tiempo de desidealizarlo porque se murió antes, no es como mi madre que poco a poco

se encarga de decepcionarme” pero los recuerdos de él son muy estáticos, se quedan más a nivel de imágenes que de relación entre ambos, son pocos y repetidos y ella está poco incluida en la descripción de las imágenes.

Este abuelo omnipotente, instruido, colocado en el lugar del poder por toda la familia, muere cuando ella tiene 13 años, al comienzo de la adolescencia, y la deja en el desamparo. “ahora ya no había quien pusiera orden”. Aún cuando la relación de Ana con el abuelo estaba llena de silencios, para ella era quien mantenía todo funcionando. A su muerte Ana decide volver a vivir como lo había hecho antes, en casa de su madre ya que sin abuelo, no tenía ya sentido vivir ahí.

El día de su muerte, el abuelo llamó a cada uno de sus hijos para hablar con ellos en privado, se despidió. No así de Ana, su nieta, ella se enteró de su muerte ese día cuando Alberto la pareja de la madre se lo dijo al ir a recogerla a la escuela, ella se preguntaba si no le había dejado dicho nada, un recado, un mensaje, una señal de amor,nada. Ahí se rompe la ilusión de ocupar el lugar de la madre en la casa de los abuelos, de ser una hermana más, de ser hija de los abuelos.

En la familia no se habló más de su muerte. Tampoco Ana puede hablar de esto, lo intenta pero no logra ponerle palabras a su vivencia de este duelo, reclama a la familia no hablarlo, como una proyección de su propia imposibilidad. Sabe que debe elaborar este duelo, pero que para hacerlo tendrá que cuestionar la imagen idealizada del abuelo y prefiere evitarlo por la angustia que le genera dejar este lugar vacío. Cuando muere el abuelo tiene por primera vez su recámara propia, la que antes era del abuelo.

Recuerda que su abuela, también llamada Ana María, era una mujer muy dura para mantener el orden de la casa; todos decían que “era como un diablo, pero a mi me quería mucho, ella era la que me cuidaba” “bueno, todos me cuidaban, más cuando yo era chiquita”. Abuela y madre dormían en la misma recámara, Ana tenía que dormir con su tía. La madre de Ana era la consentida de la

abuela, dicen que ella enfermó cuando la madre de Ana se fue de la casa y nunca se recuperó hasta que murió, Ana tenía entonces ocho años.

Los abuelos tuvieron varios hijos, y en la infancia de Ana cinco aún vivían en esta casa, algunas hijas solteras, otras con hijos varios años mayores que Ana, pero sin parejas y un hermano soltero. Ana crece en una casa donde todos se hacen cargo de manera comunal de las necesidades de la familia por lo cual no hay roles definidos. Las tías hacían de madres, la madre de proveedora, el primo de hermano mayor, el abuelo de padre, la nieta, Ana, de hija de los abuelos, hermana de las tías y en ocasiones madre de su mamá. Ana construye su concepto de familia en este lugar.

La dinámica familiar se caracteriza por grandes discusiones y argumentaciones en torno a la mesa peleando por la razón, por la verdad. Lo emocional tiene que ser sentido únicamente en la privacidad de las recámaras. El que dirán, lo socialmente aceptable, la idea de familia unida son principios que rigen el funcionamiento del lugar donde Ana comenzó a construirse. Las contradicciones entre el yo ideal y la realidad concreta están ya desde este momento muy marcadas y conformando su estructura de personalidad. Por un lado, un ambiente rígido moralista y con una crítica mordaz ante el mundo, que genera en Ana un discurso totalizante, propio del yo ideal. Por otro lado una tolerancia extrema a las decisiones de ser madres solteras de muchas de las hijas, aceptando con naturalidad que permanezcan en la casa de los abuelos sin generar la posibilidad de independencia.

En esa casa el dolor, la muerte, la vergüenza, la vulnerabilidad son temas prohibidos, negados. Eso es lo privado, lo secreto, lo inconfesable, lo que transgrede, generándose en todos una falta de entendimiento frente a estas emociones, una incapacidad para reconocerlos, aceptarlos con naturalidad y más aún simbolizarlos. Hacer pública alguna de estas emociones equivale a la humillación frente al resto, al fracaso. Por supuesto, la familia promoverá que esto no suceda en ninguno de ellos, ya que pondría en evidencia a todo el resto. Ana recuerda sólo una vez que su tío mostró su vulnerabilidad frente al resto. Un día en el que se desbordó y no pudo sostener su imagen de permanente control y parece que esta situación fue muy mal aceptada en el

seno de la familia. Nadie habló del hecho, nadie se mostró comprensivo y no se volvió a tocar el tema. Ese día ella reconoció por primera vez, de manera consciente un quiebre emocional dentro de su familia. Se entiende así, la dificultad de Ana para simbolizar en sesión este tipo de afectos. “No tengo vocabulario para expresar de las emociones negativas, solo sé raro y chistoso”, algo extraño, dado que en palabras de ella “una de sus pasiones es la lectura y otra la escritura”.

La madre decide, a los seis años de Ana, irse a vivir con Alberto. Un hombre alcohólico con un matrimonio previo y con cuatro hijos mayores que Ana. En la época universitaria fueron novios. Los hijos permanecieron con su primera esposa y él los visitaba ocasionalmente.

Se fueron a vivir a una casa que les rentó una de las hermanas de la madre que vivía de manera independiente. Casi a los 40 años, la madre finalmente dejó la casa parental para vivir con su pareja. Ahí había un cuarto listo para Ana, con colcha nueva y un osito de peluche esperándola.

Ana se enteró que se iban a vivir a otra casa de forma sorpresiva, no recuerda que le hubieran dicho nada, ni de la casa, ni de la relación de pareja de su madre, ni de los planes de salir de casa de los abuelos, nada. Solo recuerda que un día encontró a toda la familia reunida y consternada y a la abuela llorando desconsolada diciendo “ya se van”.

Este día es determinante en su vida, el punto de referencia desde donde leerá toda su historia como un antes y un después. Todo lo sucedido a partir de ese momento será visto desde el negativo del ideal, convirtiéndose lo anterior, por oposición, en la vida ideal. Ana se da cuenta que también antes tenía contratiempos, como su dificultad para relacionarse con otros niños, incapacidad para jugar, la ausencia de su padre, pero no es esto lo que prioriza en su recuerdo, sino solo la sensación de que antes era mejor.

En la nueva casa Ana dura poco tiempo regresando a vivir a casa de los abuelos. “de ahí en adelante, ya no era mi casa, se convirtió sólo en la casa de

mis abuelos y la otra en la casa de mi mamá, ella me dejó sin casa”. Tema al que regresa recurrentemente durante el trabajo terapéutico, modificando as versiones, en un intento de comprensión y resignificación. Al principio cuenta que “ella decidió regresar por razones puramente logísticas”. Ella debía pasar todas las tardes en casa de los abuelos porque su madre trabajaba y no podía cuidarla. Como esa casa estaba más cerca de la escuela, no tenía sentido ir a la casa de la madre sólo a dormir, era mejor pasar con ella los fines de semana únicamente.

-“*Todos estuvieron de acuerdo, era más práctico*”. Argumenta que ella pudo tomar la decisión porque a la madre “*le da miedo decidir de mi, está mejor en la medida que delegue esas responsabilidades, pensó que si yo lo quería era bueno*”.

Meses después desconoce por completo esta versión y enojada argumenta que era imposible que ella decidiera a esta edad, que seguramente la terapeuta recuerda mal. Más adelante modifica la edad en la que esto sucedió, por un año menos; después se pone en duda el tiempo que ella se quedó a vivir en la casa de su madre, ya no está segura si se fue un mes o varios años. A partir de este cambio, no puede ubicar cuando ni por cuánto tiempo vivió en cada casa hasta los 18 años. Cada vez que parece tener una certeza temporal, alguien de la familia le recuerda lo contrario. Pero nunca trata con ellos de reconstruir ese recorrido de mudanzas de casa en casa, como si necesitara mantenerlo en la confusión.

Los fines de semana Ana esperaba pasarlos con su mamá. Pero ella muchas veces la dejaba esperándola por horas y Ana sentía que nunca obtenía explicaciones lógicas por parte de la madre quien solo acostumbraba a responder “*estuve trabajando hasta tarde*” ella pensaba “*alguien es más importante que yo. Nunca había lugar a reclamos, pero eso sí, tenía que defenderla siempre frente a mis tías*” Describe a su madre como alguien muy impuntual, muy informal y chantajista, los mismos adjetivos con los que ella se describe a sí misma en muchas ocasiones.

De niña, algunas veces llamaba por teléfono al trabajo de la madre para conversar con ella pero cuando la madre no estaba en la oficina ella se preocupaba mucho porque pensaba que podía estar en peligro, que le había pasado algo terrible asociándolo al alcoholismo de Alberto. Él al principio tomaba en las reuniones sociales y se ponía “*necio*”, tenían que convencerlo para irse del lugar y su “*mamá se iba con él, lo aguantaba*”. Pero con el tiempo el alcoholismo aumentaba, o al menos Ana se percataba con más claridad de éste sabiendo de las búsquedas que tenía que emprender su madre y su tío para encontrarlo a él o al coche que dejaba perdido en algún lugar de la ciudad.

Alberto, comenzó a trabajar con la madre quien tenía a su cargo una cartera de clientes muy importante permitiéndoles vivir sin limitaciones económicas. A medida que fue delegando trabajo en su pareja los negocios fueron quebrando, hasta que se declararon en quiebra total y solo les queda un comercio que constituye actualmente constituye su única fuente de ingresos de la pareja que no logra cubrir sus gastos. Por ello hace algunos meses la madre y Alberto regresan a vivir a la “*casa de los abuelos*” por no tener dinero suficiente para vivir de manera independiente y mas aún, porque la madre de Ana esta enferma. Una diabetes mal cuidada comienza a tener repercusiones importantes en la vida de ésta, especialmente en su memoria.

La familia de Ana en un principio aceptó a Alberto, pero con el paso del tiempo su alcoholismo, su dependencia e irresponsabilidad van deshaciendo la relación que tenían con él al grado de hoy no dirigirle la palabra aun cuando viven en la misma casa.

La madre estableció con las hermanas y su hija una dinámica de interminables quejas alrededor de su pareja, pidiéndoles consejos, ayuda o comprensión aunque nunca actuó en consecuencia. Ana nunca entendió porque su madre permanecía con alguien que le hacía tanto daño, pero mas aún, nunca entendió cómo puede él, con todos sus defectos poseer el amor y la preferencia de la madre.

El discurso totalizador del yo ideal se puede apreciar claramente. De ser una mujer independiente y admirable, proveedora, fuerte, se convierte en una mujer indefensa y débil, una niña dependiente que necesita ayuda de la familia. El yo ideal, se convierte en el negativo del yo ideal.

Los primeros años

Ana recuerda su infancia solitaria, en casa estaba rodeada de adultos con los que no podía jugar y en la escuela de niños a los que no se les podía acercar porque no sabía como relacionarse, “nunca me supe relacionar con gente de mi edad, solo con adultos, los niños de mi edad me dan miedo”.

Estudió en una escuela privada de provincia conocida por la estricta disciplina, sus compañeros fueron los mismos durante 14 años, lo que hizo que no se enfrentara a situaciones donde tuviera que establecer nuevas relaciones. Solo algunas veces compartió en situaciones con gente nueva como campamentos o clases de algún deporte pero de ninguna de ellas tiene buenos recuerdos; de hecho recuerda haberla pasado muy mal y evitar asistir a esos lugares o pedir que fueran por ella antes de tiempo. En su escuela pertenecía al grupo de las “ñoñas”, tenía muy pocas amigas y en los recreos prefería estar con la maestra y no con sus compañeros. Como una forma de socializar llevaba a clases sus libros y los ponía en su banca para llamar la atención de sus compañeros quienes le pedían prestados algunos de ellos.

Siempre creyó que era mala estudiante en comparación con sus compañeros, aunque por sus calificaciones entraba en el rango de una estudiante promedio y nunca reprobó un grado. Solo en kinder tuvo que repetir un año pero fue debido a que no cumplía con los requisitos de edad para ingreso a la primaria. Ana dice que reprobó kinder por no poder dibujar ni cortar, haciendo a un lado la historia del requisito de edad. “No podía socializar, no me salían los dibujos, no me salían las cosas bien, era mala en la escuela” esos son los recuerdos de Ana, grises y dolorosos, siempre excluida, silenciada, comparándose con los otros con quienes siempre se encontraba en desventaja. Después de un año en tratamiento pudo recordar que en su infancia había jugado. Este recuerdo

estaba ocultado por una imagen en la que ella está sola mirando a un perro. O pasando las tardes en la sala de casa de los abuelos donde no había nadie, mientras miraba el techo por horas esperando que alguien llegara o solo esperando que pasara el tiempo. Recuerdos claramente polarizados hacia el negativo de la infancia maravillosa.

La imagen que le devuelve su familia es la de una niña consentida en exceso, berrinchuda y demandante, que siempre pedía más, más atención, más juguetes, más tiempo, más.....pero ella se vivía carente en todo, insuficiente.

Periodo de la Adolescencia

En la secundaria las niñas populares de la escuela la invitaron a ser parte de su grupo de amigas, un nuevo universo se abrió para ella. Se vivió como aceptada, reconocida...comenzó a hablar con sus compañeros de clase y dejó de hablar con sus antiguas amigas. Perteneció entonces al grupo de las chicas populares, pero sus identificaciones no lograron establecerse en él.

De ese período hay muy pocos recuerdos, es en éste cuando muere su abuelo, cuando entra en la adolescencia. Aquí no logra recordar con exactitud cuando vivió en casa de los abuelos o en casa de la madre. Lo que si recuerda es que cambiaba constantemente de una casa a otra, que siempre necesitaba algo que había olvidado en la otra casa.

En la preparatoria su vida social mejora notablemente, era capaz de hablar con todos sus compañeros, la percepción consciente que tenía de sí misma estaba muy por arriba de la de antes. Se convirtió en una chica elitista y sarcástica, salía con sus amigas por la noche a bares pero dejó de ir porque no había quien fuera a por ella al salir. Su madre no tenía coche y ella debía conseguir que la llevaran sus amigas lo que la avergonzaba un poco. Sin embargo ella argumenta que dejó de ir porque no le gustó el elitismo para entrar en esos lugares. En segundo de preparatoria se fue por un semestre al extranjero en un intercambio organizado por la escuela. Por primera vez estuvo lejos de su ciudad y de su familia y le fue bien, la separación no resultó muy angustiante,

probablemente porque llegó a vivir con y como parte de una familia de un programa escolar conjuntamente con algunos compañeros.

Al terminar este periodo, una joven perteneciente a la familia en la que se quedó a vivir, vino a su vez a vivir como parte del intercambio a casa de su madre. “Por primera vez tenía una familia, mi mamá regresaba a casa a la hora de la comida y nos daba de comer...todos los días”. Esta historia duró hasta que se fue la visita; en ese momento Ana confrontó a su madre exigiéndole elegir entre vivir con ella o con Alberto, un ultimátum. La madre se decidió por su pareja y Ana regresó a los 17 años a vivir a casa de sus abuelos donde permaneció hasta que decidió venir a estudiar al D.F.

Cursó tercero de preparatoria en una escuela abierta. Esto fue un cambio radical ya que implicaba dejar a sus compañeros de siempre, con quienes había estudiado desde el kinder y de quienes nunca se había separado. Y además, también por cambiar de una de las escuelas privadas más reconocidas y valoradas a una preparatoria abierta famosa por ser el lugar para los corridos de todas las escuelas. Aquí no se sintió identificada con nadie “a mi me corrieron por causas económicas, no por burra”, no logró establecer ninguna amistad con este grupo. Obtuvo su grado de preparatoria, pero no logró hacer el cierre emocional de este ciclo. Lo dejó en pausa, inacabada, estático en su memoria, un ciclo de 14 años sin cerrar. El enojo con la madre fue enorme ya que no puede entender que la madre no le haya dado cuenta de la importancia que esto tenía para ella. “el dinero se lo gastaba Alberto, por eso no le alcanzó para mi escuela”

El primer novio de Ana fue Héctor, su profesor, un hombre 29 años mayor que ella, a quien describe como informal, desordenado, inestable. Es la relación amorosa más intensa que ha tenido. Con él tuvo relaciones sexuales por primera vez, “fue el primero que me hizo sentir deseada, me dio la vida sexual”, la relación en un principio era casual, solo se veían en la clase, él tenía una pareja y una hija, meses después se separó y comenzó una relación con Ana. “Era muy difícil, él me iba a dejar a mi casa pero yo nunca sabía si esa iba a ser la última vez que nos veíamos, siempre estaba esperando a que me llamara, y lo hacía cuando él quería, yo no lo podía llamar solo lo esperaba.”

Un día él decidió que se iba a vivir a otro lado y se separaron, pero no terminaron la relación, solo establecieron distancia. Ana pensó entonces, que si no terminaron, entonces la relación solo esta en pausa, y al parecer él también, ya que cuando regresó de viaje por unos días, la buscó como pareja.”creo que él tampoco terminó conmigo”.

- ¿entonces él tenía 29 años más que tú y una hija?
- Si, ya sé como mi papá no? (se ríe) pero es que me gustan los hombres que tienen una vida aparte, que pasen tiempo conmigo y me hagan sentir segura
- ¿Y cómo relacionas eso con tu papá ya que lo mencionas?
- Pues por que era más grande que yo ¿no? Y ya sabes que dicen que andas buscando a tu papá y eso.....
- ¿Y tú andas buscándolo?
- No, él nunca me buscó a mí, no tiene excusa para no haberme buscado, no puedo hablar de él porque nunca estuvo. Solo sé lo que me ha contado mi mamá de él.

Vida en la Ciudad de México

Llega a vivir al D.F. porque decide estudiar en una universidad valorada por su abuelo. Desde la infancia ella “sabe” donde va a estudiar. Aprobó sus exámenes de admisión y llegó a vivir a una casa de huéspedes cerca de la universidad. Al principio no le pareció muy bonita pero terminó acostumbrándose a ella. La casa sigue el mismo modelo de la casa de los abuelos donde, cada cuarto es un universo privado, y la cocina y comedor son los únicos espacios compartidos.

Durante los primeros meses pasó mucho tiempo sola, porque aun no había establecido amistades fuertes en la universidad ni se llevaba con las personas con las que compartía casa, fue un periodo de adaptación solitario. Regresaba a provincia todos los fines de semana para estar con su familia.

En este periodo es cuando tiene su primera crisis de ansiedad. Los factores desencadenantes son: estar con su entonces novio, Bruno que ya vive en la ciudad de México y llamar por teléfono a la casa de provincia donde se está llevando a cabo una reunión familiar.

Bruno, su novio, era aspirante a ingresar en un posgrado en la misma universidad, él preparó a Ana para su examen de admisión en provincia, donde vivían ambos en ese entonces, ahí surgió el noviazgo. Ambos fueron aceptados y vivieron en la misma casa en México a partir del segundo semestre de la licenciatura de Ana. Ella decidió invitarlo a vivir en una de las habitaciones que se desocuparon en la casa de huéspedes. Nunca mantuvo la idea de que vivían juntos, “a veces dormimos juntos, pero cada quien tiene su cuarto”. En la relación con Bruno ella jugaba un personaje poético, confundido, liberal, demandante, infiel, bohemio, histriónico, y lo contrasta con el que le asignó a él: cuadrado, cerrado, obtuso científico incapaz de captar las sutilezas del mundo. Ella usaba esta combinación para poder por un lado descontrolarse pero sabiendo que él la iba a regresar a la estructura.

En esta etapa el tema de las sesiones fue principalmente su relación con Bruno, comparaciones de él con otros hombres, donde siempre él era insuficiente, tonto, muy cuadrado, en cambio los otros eran libres y creativos.

El tema de la fidelidad es un lugar de confusiones constantes. Mantiene ante este una doble postura. Por un lado, discute y argumenta con sus amigos y su pareja, lo absurdo que es creer en las parejas monogámicas. Tuvo frecuentes relaciones sexuales con amigos. Esto le parecía muy natural, hasta obvio pero lo mantenía en secreto frente a Bruno. No creía que su pareja fuera capaz de hacerlo, “él es muy cuadrado, quiere darle tintes de muy formal a nuestra relación y yo para nada, además él nunca haría algo así” por varios meses habló en sesión de las conversaciones con su novio donde ella mantenía esta postura y lo cerrado que él era para comprenderla. Hasta que él salió con su ex novia y Ana ya no era más la mujer liberal, el solo hecho de pensar que Bruno le pudiera ser infiel le dolió, la llenó de inseguridad y angustia. Desencadenó en

ella la competencia con su yo ideal que ahora cobraba presencia en la ex novia de Bruno.

-Ella es la novia perfecta, ya sabes, tiene familia, es guapa, no se azota tanto como yo. Ella es perfecta para Bruno, en cambio yo... para nada. No puedo ni conmigo, seguro que él va a querer volver con ella, con ella tendría una vida más tranquila no que yo no se ni lo que quiero, y a él eso no le gusta, no sabe ya ni que hacer conmigo

-¿Y por qué crees que él está contigo?

- Porque no me conocía, yo al principio no era así, bueno, sí era, pero él no me conocía tan azotada. Él me trata de ayudar pero como yo no se ni por donde empezar seguro que lo desespero. No me dice nada, pero yo se que es así. Un día ya no me va a aguantar.

- ¿desesperarlo?

- Sí, para que se vaya, así ya no me duele tanto si se va porque sé que es por mi culpa.

Ahí cambia de postura, no más mujer intelectual, liberal, sino una niña angustiada ante la competencia. Se cree en desventaja, pide comprensión, reconoce que estaba equivocada; durante esta etapa en las sesiones habla como niña chiquita. Ahora aparece un Bruno más atractivo, más deseable, alguien con quien valdría la pena mantener una relación. Ana entró en un juego de celos y espionaje cibernético, sus sospechas de que él le era infiel encontraron un lugar. Seguramente era con una compañera de Bruno del posgrado con quien él estaba a punto de tener una relación. Ella no confrontó sus sospechas con él argumentando que no podía desenmascarse frente a él. Unos meses después, él volvió a provincia luego de descuidar sus estudios y perder la beca. Se fue sin que hablaran de terminar la relación, solo lo hizo meses después, cuando él ya vivía en la otra ciudad. Le adjuntó los correos que la hacían levantar sus sospechas y terminó la relación por correo electrónico. Ana volvió a vivir sola.

Tuvo varias relaciones con parejas casuales, “intelectuales” mayores que ella por varios años y muchos además con una hija. Esto terminó bruscamente una vez que aceptó una cita a ciegas por internet con un hombre mayor que ella por casi veinte años y terminó teniendo relaciones con él en un hotel el mismo día. Sintió asco, arrepentimiento pero ante todo se supo en peligro, el malestar fue tal, que decidió parar con estos encuentros a ciegas y relacionarse con chicos conocidos y con una edad mas cercana a la de ella.

Ahora su grupo de amigos es mas grande, sale a bares, a conciertos, viajes de fin de semana pero constantemente existen problemas en los que ella pelea por el poder en el grupo, compite con quien trata de quitarle atención o autoridad, se vale de su sarcasmo, ironía y chantaje para establecer la lucha y cuando no sale victoriosa de las batallas se separa de ellos pero no sola, con Karina, su mejor amiga. “no me gusta si no se hace las cosas exactamente como yo digo”.

En el grupo de trabajo parece que Ana confronta otra de las luchas constantes en su realidad, Arte Vs. Ciencia. Critica duramente al mundo del laboratorio “jamás pensé acabar ahí, son una ñoñas” no saben pensar, son conjuntos de datos, pierden el panorama completo, son limitadas. Pasa casi dos años en este proyecto trabajando el tema de la memoria, y en terapia también... la memoria.

Ahora está en séptimo semestre de la licenciatura varias veces ha pensado en dejar la carrera porque no le gusta, no lo ha hecho porque cree que le pasará lo mismo en cualquier cosa que elija por lo que mejor será terminar esta. Ya comenzó a planear su proyecto de tesis. Sus otras opciones son filosofía, letras o sociología. Hoy Ana sabe ya que esa sensación de insatisfacción tiene que ver con ella y que es algo que va repitiendo en diferentes lugares.

A lo largo de su tratamiento va dándose cuenta de la complicación que tiene para terminar las cosas, su relaciones amorosas, los talleres de literatura, de fotografía, de grabado, y todos bajo el argumento de “si no vas a ser una de las mejores mejor ni lo intentes”. Va dándose cuenta del nivel de exigencia que se

impone, la perfección propia del yo ideal que la hace dejarlas antes de comprobar si es o no la mejor. “uno nace con el Don, si no lo tienes, no lo tienes” pero aún cuando ella suponga a nivel preconsciente que no lo tiene, ahora la pregunta es ¿porque no deja de buscarlo?.

El trabajo de las sesiones se centró en la desarticulación del discurso totalizante que subyace a casi todas las áreas de su vida y que tiene fuertes repercusiones en la salida de la adolescencia y la construcción de una identidad adulta. A casi dos años de tratamiento la demanda en terapia es diferente. “vengo a terapia para poder darle un sentido a mi historia, esta que yo estoy construyendo, ya se que no puedo cambiar lo que pasó pero tengo que aprender a vivir con eso”. Si bien, la salida de la adolescencia en esta paciente ha resultado muy complicada, a lo largo de la terapia podemos ver con claridad la voluntad y el esfuerzo de Ana para seguir, para luchar con sus fantasmas, sus dolores que finalmente se hacen visibles frente a otro, y con esto el reconocimiento de su existencia. Este trabajo ha sido una búsqueda de sí, constante y dolorosa, pero también plagada de ironías y risas.

Ana va aprendiendo a reírse consigo misma.

IV. ANÁLISIS DEL NARCISISMO EN ANA A LA SALIDA DE LA ADOLESCENCIA

Ana hoy es una joven de 23 años, de acuerdo con los teóricos, estaría ubicada en el proceso de salida de la adolescencia. Aunque al parecer va cumpliendo con varios de los procesos correspondientes a la conformación de una vida adulta: la búsqueda de un quehacer específico, la salida de la casa familiar en su proceso de independencia de la figuras parentales, la búsqueda de un objeto exogámico, cada uno de estos caminos parece llegar a un punto en el que se frena el avance y comienza la repetición dando cuenta de una falla situada en el paso del yo ideal al ideal del yo. En la adolescencia éstos últimos adquieren un lugar privilegiado en la constitución de la identidad. Implican el asumir una serie de heridas narcisistas provocadas por el enfrentamiento con el mundo externo y las capacidades propias del sujeto.

Después de intentar analizar en la paciente cada uno de los fenómenos propios de la adolescencia antes mencionados, apareció subyacente a todos ellos un tipo de discurso común, el discurso propio del yo ideal, el pensamiento totalizante del que nos habla Hugo Bleichmar (1984). Éste opera con juicios totales, es capaz de cambiar una identidad por una proposición universal y regirse por la misma, es decir, genera un salto entre el juicio atributivo de identidad y la premisa universal lo que produce una ruptura en el inconsciente con la lógica formal.

Es por lo anterior, se decidió centrar el análisis del caso Ana alrededor del narcisismo dónde se ubican las figuras del yo ideal y del ideal del yo.

Es a partir de las “crisis de angustia” que Ana llega a psicoterapia. Retomando a Bleichmar (1984) se puede pensar que esta angustia es la propia del yo ideal, es decir, la que caracteriza al discurso totalizante, la cual se desencadena frente a una imperfección, por mínima que ésta sea impidiéndole al sujeto mantenerse en el lugar del yo ideal, convirtiéndolo en su negativo.

Es importante aclarar el origen y la función de la angustia en la teoría psicoanalítica debido a que es lo que la lleva a buscar ayuda psicoterapéutica.

Freud (1926) en *Inhibición, síntoma y angustia*, explica que en el momento del nacimiento no hay un objeto que se eche de menos, es a partir de las repetidas situaciones de satisfacción que el lactante empieza a concebir al objeto madre, y en el caso de presentarse una necesidad, experimenta una investidura intensiva que ha de llamarse añorante. A esta vivencia por parte del lactante Freud la llama reacción de dolor, que considerará como la genuina reacción frente a la pérdida del objeto-madre; poniendo la angustia frente al peligro que esta pérdida conlleva, y que finalmente será desplazada al peligro de la pérdida misma del objeto.

De tal forma que “la primera condición de angustia que el yo mismo introduce es, la de la pérdida de percepción, que se equipara a la de la pérdida del objeto. Todavía no cuenta una pérdida de amor. Más tarde la experiencia enseña que el objeto permanece presente, pero puede ponerse malo para el niño, y entonces la pérdida de amor por parte del objeto se convierte en un nuevo peligro y nueva condición de angustia más permanente.” (Freud, 1926, pp. 159)

La primera crisis de angustia acontece un año antes de acudir a tratamiento y es movilizada al enterarse por medio de una llamada telefónica, que en su casa de provincia están teniendo una fiesta familiar, y contrasta esta imagen de la celebración idealizada, “perfecta” con aquella que mira a su alrededor: un cuarto pequeño, desordenado, medio amueblado, en otra ciudad en la que ella esta sola. ¡El reino de *Her Majesty the Baby* sigue funcionando y celebrando aún sin *su reina*! Con relación a esto Freud afirma “El niño debe tener mejor suerte que sus padres, no debe estar sometido a esas necesidades objetivas cuyo imperio en la vida hubo de reconocerse. Enfermedad, muerte, la renuncia al goce, restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación. *His Majesty the Baby*, como una vez nos creímos.” (Freud, 1914, pp. 88).

Ana siente que es destronada de ese lugar que le habían otorgado sus figuras primarias y la herida narcisista inflingida antecede a su primera crisis de angustia. Cabe señalar que por el momento del desarrollo en el que se encuentra y lo que este implica, se espera que esté en proceso de desidentificarse con esa niña representante de los deseos de las figuras parentales para conformar su nueva identidad. Ella no logra soportar la idea de no estar cumpliendo con esta demanda familiar, ahora, también propia; generando en ella un afecto que no logra registrar cualificándolo como angustia.

La segunda “crisis” crucial para el tratamiento es la que presenta como motivo de consulta, dice Ana:

-Tengo ataques de ansiedad cuando tengo que tomar decisiones. No me puedo concentrar para estudiar y hacer mis trabajos de la escuela, si vine a México a estudiar y no puedo hacerlo, entonces ¿a qué vine? De repente estoy en medio de las islas (jardines de la universidad) y no sé si ir a la escuela, a mi casa, a la biblioteca o al baño, me paralizó y no sé que hacer, es ahí donde me pongo muy mal, además mis amigos dicen que estoy loca y que soy una obsesiva, sé que esto no es una cura mágica, pero vengo a que me digan qué es lo que tengo.

Este momento que la hace llegar a psicoterapia es una metáfora de su sentir. Una reina sin reino, exiliada en las islas, sola, desamparada, vulnerable ante cualquier ataque. Para defenderse de este malestar ella echa mano de los recursos defensivos con los que cuenta en ese momento. Proyecta el peligro en las islas, aquellos espacios de tierra rodeados por mareas de emociones y separados del continente.

Ana se siente a la deriva.

Este tipo de recurso defensivo comúnmente usado en las fobias nos remite a la angustia de castración que en ella se presenta como una limitante para poder dar paso del yo ideal al ideal del yo. Lo que caracterizó al primer momento del tratamiento y que en el transcurso de éste se logró ir resolviendo.

Ante esto solo pudo correr a su casa a dormir por casi dos días. De esta manera, la angustia del destronamiento, ahora proyectada en el exterior (las islas) pudo ser evitada. Esto me hace pensar que la intensidad de la angustia fue tan extrema que impidió hacer uso de otro tipo de defensas más complejas con las que cuenta y que ha manifestado en diferentes momentos. Ejemplo de esto son la intelectualización y la sublimación de las que comúnmente echa mano en sesión en momentos en los que narra situaciones que le generan angustia al recordar parte de su historia o ante algunas de mis intervenciones.

Narcisismo en Ana

Ana nació en una familia en la que ella era esperada, pues era la bebé de la hija favorita, de la hija proveedora, quien no rompió ningún esquema familiar al llegar como madre soltera a “casa de los abuelos”, (sus padres) Contrario a esto confirmó al abuelo como el gran patriarca y Ana fungió como el regalo.

Es nombrada igual que la madre y la abuela, lo que nos da indicios de que había claras aspiraciones narcisistas de la familia en torno a ella. Esta niña iba a ser de todos, ya que la madre trabajaba todo el día. Cuando ella nace hay muchas expectativas y deseos que ella tiene que cumplir: ser la muñequita de la casa, el centro de atención. Trae consigo el soporte del yo ideal. la encarnación de “*Her Majesty the Baby*”.

Los rasgos narcisistas en la personalidad de la madre y la abuela probablemente empujan a Ana a fungir como el objeto que va a satisfacerles sus deseos, lo que las va a completar, el falo. Esto genera que la intensidad con la que es colocada en este lugar por parte de la familia esté cargada de una mayor fuerza de lo esperado en el común de los casos. “Mi mamá ya sólo necesitaba un bebé para tener todo lo que quería”, dice Ana. Por lo dicho anteriormente se puede inferir que en el deseo de la madre previo a su nacimiento hay un lugar específico que corresponde a la relación dual narcisista propia del primer momento del Edipo, este lugar es el universo de los absolutos. Podemos situar desde el deseo previo a su nacimiento la tendencia al pensamiento totalizante.

Siguiendo al narcisismo como hilo conductor de este análisis pensemos en sus primeros años. Estos transcurrieron en casa de sus abuelos una casa llena de gente y donde ella era el centro de atención, la única bebé en un mundo de adultos por lo que inferimos que las miradas estaban siempre a su alrededor. “En mi casa todos me cuidaban, más cuando yo era chiquita”

Era la representante o la extensión de aquello deseado por el abuelo, las tres generaciones de Ana Marías, (la abuela, la madre y ella). Solo que Ana, a diferencia de su madre no tuvo que competir con sus hermanas este lugar de alta valoración, no tenía que defenderlo, lo tenía garantizado.

Freud destaca que los padres del niño adquieren un papel significativo, no solo por su presencia en las identificaciones que conforman al Yo, sino también porque contribuyen a la construcción del narcisismo primario en el niño a partir de su propio narcisismo, un narcisismo aparentemente olvidado, que resurge y deposita en el niño todas las aspiraciones de los padres, proyectan en el niño las propias ambiciones y sueños a los que algún día hubieron de renunciar.

Como ya ha sido tratado previamente en el presente trabajo, Bleichmar afirma que para que una identificación con el Yo ideal tenga cierta estabilidad requiere, no solo que los padres hayan visto al niño como tal sino que además ellos mismos hayan ocupado ese lugar de privilegio. En la conformación de un Yo ideal están en juego dos tipos de representaciones: la que hicieron los padres por un lado y por otro la perspectiva que del sujeto pudieron tener los demás. Ana comenta “ mi mama era la consentida de mi abuela, todas mis tías lo sabían y siempre les molestó, pero no podían hacer nada, hasta dormían juntas” en otro momento dice “ellas dicen que mi mamá es igualita que mi abuela”.

La vida en la familia se caracterizó también por ser hipercrítica. La dinámica familiar estaba teñida por grandes discusiones y argumentaciones en torno a la mesa peleando por la razón, por la verdad. Lo emocional tenía que ser sentido únicamente en la privacidad de las recámaras. El que dirán, lo socialmente aceptable, la idea de familia unida eran principios que regían el funcionamiento

del lugar donde Ana comenzó a construirse. Un ambiente familiar hipercrítico promueve que para estar ubicado en un lugar de reconocimiento es necesario cumplir con una gran cantidad de requerimientos, y el niño entenderá entonces que si no logra cubrirlos no podrá ser valorado.

El movimiento que ella pudo hacer no era del yo ideal hacia el ideal del yo, sino, del yo ideal al negativo del yo ideal. Ana daba por hecho que en la medida en que no cumpliera con las expectativas de su familia solo le quedaba el lugar de “nada”.

La relación narcisista que establece con la madre en sus primeros años puede ayudar a explicar su comportamiento en la escuela, donde busca como aspiración ser el único objeto de amor de la maestra-madre y teme las relaciones con niños de su edad quienes podrían destronarla de este lugar del ideal. “yo pasaba los recreos jugando o platicando con la maestra, los niños de mi edad me dan miedo” y agrega “nunca me he sabido relacionar con los niños de mi edad en cambio con los adultos me es más fácil”. Esto es de llamar la atención, ya que en su casa jugaba frecuentemente con un primo algunos años mayor que ella y dos primas que visitaban constantemente la casa de los abuelos y con quienes la diferencia de edad no era muy grande, así que tenía relaciones con otros niños lo que confirma la hipótesis de que en la escuela se jugaba mas un deseo narcisista que una incapacidad social.

En lo que corresponde a la figura paterna Ana dice que para ella era natural el no tener papá en casa ya que sus primos estaban en la misma situación y la función paterna estaba cubierta por parte del abuelo. Aquí cabe la pregunta ¿en que momento esto comienza a discordar con el modelo típico de familia? Es probablemente en la escuela, cuando al compararse con el resto de los niños que “sí tenían papá en casa”, se puede suponer que da cuenta que algo le faltaba, y que no lo iba a poder tener. Este nuevo registro de una falta en ella se manifiesta a través de exigir a su madre de manera persistente la satisfacción de sus deseos inmediatos, siendo incapaz de tolerar la frustración ante el incumplimiento de éstos. “si quería un juguete me la tenían que comprar, sino me enojaba muchísimo y hacía berrinche al grado que mi mamá

siempre terminaba comprándome lo que quería”. A esto se le puede dar la lectura de un síntoma basándonos en lo que dice Freud (1915) donde, en tanto éste constituye un mecanismo de sustitución que se manifiesta en lugar de la actividad del proceso pulsional, que es el signo, no sería la represión misma sino el inicio de un retorno de lo reprimido.

A esto se suma que la castración no solo abarca a las figuras edípicas, sino que también está presente la castración social que es la que sobreviene al sujeto cuando se da cuenta de que sus padres o su familia a su vez dependen de los demás y no son los mejores o los que mandan. (Bleichmar, 1984).

Los comienzos de la adolescencia

Para la comprensión de lo que en este momento sucede en Ana en cuanto al narcisismo, yo ideal e ideal del yo, es importante tener un registro del juego que ha habido entre estos desde el inicio de su adolescencia; pues es común que el sujeto ante los cambios que experimenta y a partir de la confrontación que lo somete la realidad, tenga un debilitamiento en el narcisismo secundario y un reacomodo en las instancias ideales, donde el ideal del yo funge como la instancia más diferenciada y relativamente autónoma. Tubert (2000) refiere que el ideal del yo ofrece un relevo para el narcisismo una vez que el yo no puede sostenerse como ideal puesto que ha tenido que enfrentar sus debilidades y carencias; y por otro lado es el medio utilizado para controlar lo desconocido que la corporalidad evoca.

En Ana a diferencia de lo esperado en lo común de los adolescentes, se observa un predominio del yo ideal, el cual se infiere a través del contenido de su discurso con relación a los inicios de su adolescencia. Señala que a partir de que ingresa a secundaria su comportamiento solitario en la escuela cambia radicalmente, “desde ahí pude platicar y reírme con los demás por primera vez.” Que se puede suponer que en realidad lo que está diciendo es: “Ahora soy”. De acuerdo a la manera en que lo relata este cambio estuvo definitivamente motivado por la invitación que le hace la chica que ella considera la mas guapa del colegio para ser parte de su grupo de amigos.

Cabe mencionar que su nueva amiga, la niña popular, era la que a lo largo de toda su vida escolar le había generado grandes envidias “por ser la mas guapa y la que tenia todo lo que quería”, es decir era una figura idealizada. Esto no sería de sorprender, ya que en esta etapa, los adolescentes están inmersos en un juego de identificarse y desidentificarse con sus pares, al mismo tiempo que toman al grupo con el cual se identifican en ese momento, como una extensión de su propio yo. Pero el componente narcisista detectado en el caso de Ana es que cuando esto sucede corta drásticamente con sus antiguas amigas de manera definitiva, como si ya no quisiera identificarse con ellas, un desconocimiento y descalificación totales, ahora otorgándole el adjetivo de “las que son x” (este lugar hace referencia a no tener nada especial); pues partiendo de la idea antes mencionada en cuanto al grupo como representante yoico, este primer grupo al cual hasta ahora había pertenecido, ha sido colocado en el negativo del yo ideal, en el que hasta ahora ella se había ubicado. Con la inserción al nuevo grupo, valorado por ella, siente que logra cumplir una de las aspiraciones narcisistas: ser reconocida por ella y por los demás como un yo ideal.

A este respecto Kancyper (2007) refiere que en este momento el adolescente sabe que necesita alejarse de aquello que hasta ahora ha constituido su fuente de seguridad: sus identificaciones parentales y su ideal del yo. Ante esta separación de los padres, el adolescente buscará en el grupo de pares sustituir algunas de sus funciones ejercidas hasta ahora por éstos, por tal motivo estas relaciones son altamente catectizadas.

Momento actual

Ya en psicoterapia, Ana insiste en esta búsqueda de su identidad adulta. Hace ya tiempo que los procesos propios de este periodo han comenzado, pero, como lo mencioné anteriormente el narcisismo se encuentra en la base de todos ellos. Analizaremos tres de estos procesos con el fin de continuar desarrollando los planteamientos medulares del trabajo:

De acuerdo con Kancyper “lo que caracteriza a la adolescencia es el encuentro del objeto genital exogámico, la elección vocacional mas allá de los límites de los mandatos parentales y la recomposición de los vínculos sociales y económicos” (Kancyper, 2007, pp17)

El paso del yo ideal al ideal del yo que se reaviva en la adolescencia se complica por causas específicas en la historia de la paciente, solo podrá trascenderlas al ser elaboradas en este nuevo momento de su vida. Cualquier intento por mantenerlo comienza a cobrar tintes repetitivos y desintegradores.

1) La búsqueda de un quehacer específico

La búsqueda comienza al salir de la escuela privada, cuando es inscrita en una preparatoria abierta que no le gusta y a la que asiste el mínimo tiempo indispensable. Comienza a asistir a talleres de fotografía, literatura, poesía, pero cada uno por poco tiempo, después de un rato los deja porque “comprueba” que no tiene el don para cada una de esas actividades.

“Lo intentaba, pero las cosas no salían como en mi cabeza y entonces ya mejor lo dejaba, en cambio, hay otros que sí son buenos”. (véase pp. 40). Esta actividad se siguió repitiendo en su vida universitaria en la que entra a diferentes talleres solo que ahora no se compara solo con sus compañeros, sino que las figuras de comparación son los mayores exponentes de la disciplina en la que se encuentra. Así vemos que si entra a un taller de pintura, el destronamiento narcisista surge al comparar su dibujo con alguno de Kandinsky. Ante la primera confrontación de no ser “la mejor”, desiste, no se queda para intentarlo, se decepciona y se va con la tristeza haber tomado una vez mas la ruta equivocada, con el cansancio de desandarla y recomenzar, se le ve agotada. Hablamos aquí de una elección vocacional propia de la adolescencia en la que esta en juego el reconocimiento narcisista, valer o no valer, saberse poseedora del falo o castrada, existir o ser un fantasma.

En esta búsqueda de una vocación resurgen representaciones cargadas afectivamente en las que el afecto que predomina es la frustración. En estos recuerdos de la primera infancia aparecen escenas de sus primeros años

escolares en los que no podía dibujar bien, “mis dibujos eran siempre los mas feos, por eso mejor ya solo dibujaba triángulos y rayas”.

Ante esto Bleichmar (1984), aporta sobre los deseos de reconocimiento narcisista que “la tan frecuente queja manifiesta de que nada les interesa, que no saben cual es su vocación o interés constituye la forma con que su consciencia se representa la insatisfacción de no estar ubicado como yo ideal. Lo engañoso y desviante de la consciencia es que en ella se busca algo específico que presuntamente sería su verdadera vocación ...cuando en verdad no se trata de una actividad u otra, sino de una posición, la de yo ideal a la que se aspira. Debido a que cualquier actividad elegida al poco tiempo no brinda la satisfacción del anhelo narcisista de ser un yo ideal, el sujeto sin saber nada de este anhelo llega a la conclusión de que la actividad no le gusta...en cada oportunidad la actividad emprendida aparece atractiva pues promete convertir al sujeto en un yo ideal. Cuando la práctica de la actividad no lo ubica en ese lugar se siente como si en realidad hubiera sido desplazado de aquella posición, ya que se puede perder lo que nunca se tuvo si se lo creyó alcanzable.”

Esta misma lógica aparece en su elección de carrera, que cada cierto tiempo a lo largo del tratamiento esta a punto de dejar hablando de la insatisfacción que le genera. Poniendo como alternativas estudiar filosofía, sociología, antropología o sino, convertirse en una vagabunda dando con esto último nuevamente un registro del pensamiento totalizante

Poco a poco va dándose cuenta de esta tendencia a abandonar las cosas ante cualquier cuestionamiento sobre su capacidad. “ pero ya me di cuenta de que no tiene sentido dejar esta carrera que ya voy a terminar aunque no me guste del todo, porque aunque entre a otra, se que en poco tiempo también me va a dejar de gustar, mejor termino esta y ya si quiero puedo entrar a una maestría” El pensar en una maestría al término de su licenciatura podemos suponer que va dando entrada al ideal del yo.

Es por lo que en el tratamiento se interviene mucho deconstruyendo el discurso para hacer el salto del pensamiento totalizante al discriminante propio del ideal del yo, con el fin de que logre conformar una identidad adulta en la que el mundo de los absolutos quede fuera, asumiendo la castración. Y logre salir de la etapa de fijación que se acrecentó de manera significativa con el periodo de la adolescencia.

2) El proceso de independencia de las figuras parentales

Ana tuvo dos ensayos a modo de salida de la adolescencia, el primero, cuando se fue al extranjero a los 17 años por un semestre. La separación aquí no fue muy angustiante, ella relata que le gustaba pensar que podía controlar si se comunicaba o no con su familia, al parecer esto era una decisión que ella tomaba por primera vez, una especie de ensayo de separación y acercamiento. “Era buenísimo, porque como no hablaban mas que español, tenían que avisarme cuando iban a llamar, y yo decidía si contestaba o no”. Tener su espacio y su privacidad le resultaban universos nuevos y comenzar a experimentar en ellos parecía gratificante. En este primer intento de separación de sus figuras parentales, de casa de los abuelos, de su ciudad, estaba presente el hecho de que ella sabía que esto era una separación momentánea, al concluir el intercambio ella volvería a casa.

Es preciso mencionar que antes de ese viaje fue el encuentro con su padre quien tenía que autorizar su salida del país por ser aún menor de edad. La expectativa no debió ser poca. “¿qué pensará al verme tan grande, me reconocerá?” Esta pregunta ante una figura tan significativa es clave, la búsqueda de reconocimiento paterno. Una duda que probablemente buscaba ser confrontada 17 años después. El padre llega a la cita, firma, le dice que no crea todo lo que cuenta la madre y sin dar mas explicaciones se va. Un encuentro demasiado breve en el que el padre no ofrece mas que el trámite burocrático. Firma, pero no la reconoce, no le da un lugar ni una explicación. Este lugar de no reconocimiento juega un papel esencial en la evolución narcisista por lo que lo trabajaremos más adelante.

El segundo intento de separación es la salida de casa de los abuelos para vivir en la ciudad de México, esta separación es también parcial, regresa casi todos los fines de semana a su ciudad natal a visitar a la familia y por casi un año no forma un grupo de amigos estable en su nueva ciudad. Llega a psicoterapia idealizando la vida de casa de los abuelos y sufriendo su estancia en el D.F. Hay que notar que busca y encuentra en México una casa que reproduce la manera de vivir en la casa familiar, donde cada quien tiene en su recámara un universo propio bien delimitado compartiendo solo las áreas comunes, sala, cocina y comedor, justo como en la casa de huéspedes. Es como si se llevara la casa de los abuelos encima, como una manera, quizás, de no dejar de vivir ahí.

Ya hemos hablado de dos intentos de salida de la adolescencia, ambas separaciones parciales. También hemos hablado de la relación que existe entre la separación de la casa familiar y sus primeras crisis de angustia, por lo que sobre este proceso de separación, diferenciación e independencia ya tenemos cierto contexto.

En el funcionamiento normal de su vida familiar, está inscrito que las mujeres (las hijas) aunque hayan salido de la casa, tarde o temprano vuelven a ella. Si bien esto no se ha cumplido con todas sus tías, sí ha estado presente en la mayoría, incluyendo a su madre quien recientemente ha vuelto después de casi 20 años de vivir con su pareja. Ha vuelto para ser cuidada por las hermanas. “¿ya para que regresa mi mamá, si sabe que yo ya no estoy ahí?”. Es como un camino en círculo, las mujeres regresan al lugar donde comenzaron. Solo hay dos tías que lograron establecer una vida familiar independiente pero ellas no son invitadas a las reuniones familiares, es como si no formaran más parte de la familia. Este registro puede tener en ella mucho más impacto del que parece, ya que atreverse a llevar una vida independiente la podría conducir al mismo destino, no ser reconocida como parte de la familia.

Hay que añadir a esto que el sistema familiar se empeña en mantener a todos unidos y cuando alguno trata de salir sus intentos son boicoteados por los demás. Un claro ejemplo lo tenemos cuando Ana refiere el momento en que

uno de ellos está a punto de concretar su salida de casa, hacia su vida independiente, desde la familia es saboteado poniendo trabas para la adquisición de su nueva casa.

Ana ha ido conscientizando gradualmente la dependencia que tiene hacia su familia la cual a su vez es favorecida por ésta, si bien ahora vive en una ciudad distinta, vive como una necesidad ir todos los fines de semana a su ciudad natal. De acuerdo a los planes familiares cuando ella termine la licenciatura va a regresar a su ciudad natal, pero justo antes de esto decide rentar en el D.F. un departamento con un amigo. Firma un contrato por una año. Con esto ella asegura que si bien los puede visitar los fines de semana, no planea regresar a vivir con ellos. Al menos por ahora.

A partir de lo señalado se puede pensar que el proceso de independencia-dependencia, representa para Ana una dificultad, lo que hemos citado anteriormente se refiere a acciones en su vida cotidiana, pero en este proceso de separación de las figuras parentales existen como base los mecanismos psíquicos necesarios para la consolidación de la identidad en el adolescente. Freud en la novela familiar de los neuróticos afirma “En el individuo que crece, su desasimiento de la autoridad parental es una de las operaciones más necesarias, pero también más dolorosas, del desarrollo. Es absolutamente necesario que se cumpla, y es lícito suponer que todo hombre devenido normal lo ha llevado a cabo en cierta medida. Más todavía: el progreso de la sociedad descansa, todo él, en esa oposición entre ambas generaciones.” (1909, pp. 217)

El deseo de separación está muy presente en ella a lo largo del tratamiento “se que soy una extensión de mi mamá, necesito separarme” “soy igualita a mi mamá y lo odio”, “algunas veces creo que solo soy lo que ella ha querido que yo sea” estas frases apuntan a la búsqueda por su deseo, por su pasión, separándose de los deseos de sus figuras parentales.

Kancyper señala que “El odio y la agresividad son dos emociones y mociones fundamentales que posibilitan la admisión del objeto como exterior a uno, y que operan, además, como condición necesaria para que se instale una tensión

entre los opuestos, y así se despliegue el movimiento dialéctico de la discriminación y oposición entre las generaciones” (Kancyper, 2007, pp. 50)

Ana esta en búsqueda de tener una posición discriminada y autónoma del modelo parental, en este proceso se le presenta como una dificultad la ambigüedad de la imagen materna. Su madre siempre se ha colocado en una postura vulnerable ante ella. Desde hace mas de quince años le detectaron una enfermedad crónica que implica cuidados constantes de los cuales nunca se ha hecho cargo responsabilizando a Ana de su cuidado. También ha mantenido la relación con Alberto, que es alcohólico y constantemente esta envuelto en problemas emocionales y económicos que afectan directamente a la madre que siempre termina pidiendo rescate a la familia o más aún, la pareja no se puede sostener económicamente por lo que recientemente han vuelto a la casa de los abuelos. Hasta ahora la encomienda que ha recibido de la madre es “te tienes que hacer cargo de mí”. En varias ocasiones Ana ha referido en sesión con mucho dolor “Mi mamá siempre está quejándose conmigo, busca que yo sea la que le de la solución a sus problemas. Parece que ahí yo soy la mamá y ella la hija”.

Esto lo podemos ubicar en la clasificación que hace Kancyper acerca de los *padres blandos* quienes “promueven la inversión de la función paterna. El hijo ocupa el lugar y paternaliza a sus progenitores. Porque el arco de la tensión vertical entre la tesis y la antítesis queda paralizado, y el hijo, al permanecer finalmente fundido con su padre, no puede efectuar la síntesis de su propio reordenamiento identificador.” (Kancyper, 2007, pp. 57)

En síntesis podemos afirmar que Ana está ante la salida de la adolescencia que en un principio aparece como un proceso de extrema dificultad y angustia pero que a lo largo del proceso terapéutico el juego de desidentificaciones y reidentificaciones se va conformando cada vez mas bajo la luz del ideal del yo.

3) La búsqueda de un objeto exogámico

Para abordar el tema de la elección de objeto es importante analizar la manera en la que atravesó el complejo de Edipo en su infancia.

Como bien sabemos, conceptualmente existe una diferencia entre el Edipo estructural, intersubjetivo, que introduce la ley por medio de la separación de la díada madre-hijo, y el Complejo de Edipo, un proceso intrapsíquico que se relaciona con el erotismo, la sexualidad, la elección de objeto y es el que se reactualiza en la adolescencia.

En Ana predomina el Edipo positivo que como vemos en Freud (1905) corresponde a una elección de objeto heterosexual por apuntalamiento en los modelos de la vida infantil. En este caso se puede suponer que hubieron tres figuras significativas: el padre, el abuelo y Alberto (pareja de la madre). Donde se puede ubicar al abuelo como el que cumple la función paterna desde el Edipo Estructural, instaurando la separación, la prohibición y la ley; pero que desde el complejo de Edipo no puede ser ubicado por la madre como objeto de deseo. Este lugar es ocupado por Alberto, quien al llegar a la vida de Ana no es una figura cargada libidinalmente. Esta relación la vive como un segundo abandono ya que al establecerse ellos como pareja dejan a Ana al cuidado de los abuelos. Se instaura una rivalidad marcada con Alberto y angustia de la pérdida del objeto de amor. Aumentando la sensación de desvalimiento y vulnerabilidad presentes ya desde sus primeros años.

En la reactualización del complejo de Edipo que acompaña a la adolescencia sus elecciones de objeto exogámico tienen un tinte marcadamente Edípico, pues elige a hombres mayores en los cuales encuentra rasgos que para ella están en una alta escala de valoración, a los cuales pueda idealizar y que ocupen un lugar de poder o autoridad frente a ella, así vemos que pueden ser artistas, intelectuales, activistas, etc. Poniendo al saber como atributo “soporte del ideal del yo”.

Esto puede ser apoyado por Bleichmar, cuando dice que “el yo ideal se caracteriza por la incondicionalidad de la admiración del otro. Su perfección

esta fuera de toda discusión, de todo análisis pormenorizado de sus atributos que pudieran ser contrastados con parámetros de evaluación. La ausencia de requisitos que deban satisfacerse es lo que convierte a alguien en un yo ideal. O sea que en el comienzo sí hay una condición básica que debe ser satisfecha “atributo soporte del yo ideal” pero a partir del momento en que el requisito se cumple no se requiere la satisfacción de ninguna otra exigencia por parte del objeto.” (Bleichmar, 2007, pp. 77)

Es importante recordar que para que se de el paso al ideal del yo, el niño tuvo que haber sido reconocido primero como yo ideal por sus figuras primarias. Y este reconocimiento tuvo momentos fallidos en Ana. Su padre no se quedó con ellas y Ana no pudo ser reconocida por él en este lugar a lo que se suma lo que refiere Ana en cuanto a su madre “siempre tenía algo más importante que yo” en un momento pudo ser el trabajo, que le tomaba la mayor parte del tiempo y posteriormente Alberto, quien toma un lugar en el deseo de la madre. Estos dos factores se conjuntan para crear en Ana la idea de no ser suficiente para ser la preferida. El no haberse sentido siempre como yo ideal, la hacían colocarse en su anverso, el negativo del yo ideal, la mantienen sin la seguridad básica para dar paso al ideal del yo. Esto se manifiesta en su vida cuando se exige ser siempre la mejor para poder existir y donde la equivocación tiene graves consecuencias. De esta manera, la confianza básica, la incondicionalidad del amor y la permanencia de objeto quedan marcados por esas fallas que resurgen en la adolescencia.

Para ejemplificar esto vemos que las parejas mas significativas en ella tuvieron como base el estar ubicadas en el lugar del saber, ambos eran sus profesores, con un margen de edad significativo que los ubicaba en contextos diferentes a la etapa que ella estaba viviendo y cuya función principal estaba puesta en el reconocimiento que ella recibía por parte de éstos. En estas relaciones se puede pensar que no le bastaba ser validada como la mejor alumna, sino también buscaba ser reconocida como objeto de deseo. En la adolescencia, al tener el imperativo de ser un yo ideal, buscará un objeto de amor que logre sostenerla en este lugar. Así que vemos que aunque su elección de objeto sea de apuntalamiento, esta permeada también por rasgos narcisistas.

Es importante aclarar que el vínculo que establece sigue en el registro que ha dejado en ella la relación con su madre, ya que parece no haber claridad en el tipo de relación, ni en el acuerdo que entablan como pareja: “Yo nunca sabía si esa iba a ser la última vez que nos veíamos siempre estaba esperando a que me llamara y lo hacía cuando él quería, yo no lo podía llamar sólo lo esperaba”, dice Ana.

En una etapa avanzada del tratamiento Ana dice:

- Me acabo de descubrir buscando desesperadamente a alguien con quien estar, pero de acuerdo a lo que yo pensaba de mí, eso era imposible, yo no podía pensarme buscando a alguien.
- Claro, eso hubiera sido reconocer que algo te falta
- Sí, y romper la idea que tenía de mí.
- ¿Cuál?
- Que todo se acomodaba a mi alrededor. Antes yo no tenía que pensar en lo que estaba cambiando, sino que la realidad estaba muy mal. Y es que creía que las cosas funcionaban así, que todo giraba a mi alrededor.

En estas nuevas formulaciones de Ana se observa que comienza a tener más relación con el discurso discriminante, aquel en el que el principio de realidad cobra mayor importancia.

Para Kancyper (2007), este nuevo embate sacude todas las instancias psíquicas y preludia la necesaria reestructuración. En la adolescencia reinstala la asunción de la problemática de la castración, la bisexualidad y de la castración simbólica: soportar la incompletud y por ende la diferencia, tanto en el sistema narcisista intrasubjetivo del adolescente como en el intersubjetivo de y con los padres.

Freud, en 1926, afirma que la adolescencia representa el segundo apogeo del desarrollo la etapa privilegiada de la resignificación y de la alternativa en la que el sujeto tiene la opción de poder efectuar transformaciones inéditas de su personalidad.

Mecanismos de defensa

Ana tiene una riqueza en recursos defensivos amplia. El estar bajo el cuidado de varias figuras significativas le permitió integrar una gran gama de recursos defensivos. Algunos por identificación y otros por medio de la imitación.

Como se sabe el adolescente experimenta una serie de angustias generadas por lo que implica la etapa que está viviendo, las cuales serán enfrentadas partiendo de la experiencia de vida que ha tenido hasta ahora. Ante estas angustias el sujeto hace uso de distintos mecanismos de defensa o bien, puede tender a expulsar de alguna manera la energía libidinal de la que vienen acompañadas. En Ana los mecanismos de defensa más frecuentes son la represión, anulación, proyección, escisión, vuelta contra sí mismo, sublimación e intelectualización; cabe señalar que éste último es común en el adolescente según lo referido por Anna Freud (2007).

Dentro de los mecanismos que vemos en la paciente, los más comunes son la intelectualización y la racionalización. Así llegan a sesión Octavio Paz, Sor Juana, Kandinsky, Milán Kundera, Henry Miller, todas figuras reconocidas por el mundo del arte, la literatura y los medios. Ana no trae a cualquiera a sesión, solo a los más reconocidos, aquellos situados en el pedestal de la valoración social. De esta manera logra desplazar el malestar y recuperar la valoración perdida.

Pero en momentos en que siente que la angustia es muy intensa y teme que pueda llegar a sobrepasarla, recurre a mecanismos más primitivos, como son la negación, el desplazamiento o la proyección. Ejemplo de esto es lo narrado en las primeras entrevistas ubicado por la paciente como motivo de consulta, donde se observa que ante la angustia extrema, proyecta en el exterior el peligro (en las islas) y de esta manera puede ubicarlo fuera de sí, con esto se permite ir a refugiarse a su casa y dormir por casi dos días. Haciendo uso también del desplazamiento y la negación.

Ana busca en el arte una sublimación que no se concreta del todo pues no es el arte mismo lo que la guía y en el que pueden ser desalojadas y transformadas las pulsiones, sino que se apoya en el arte como una manera de ser reconocida como la mejor, descubrir el don oculto del cual ella no se había percatado. Pero en el momento en que da cuenta de que no lo logra la sublimación deja de funcionar como mecanismo defensivo convirtiéndose en una confirmación angustiante de no ocupar el lugar del ideal del yo.

En Ana aparecen defensas que integran también la estructura narcisista aparece constantemente el sarcasmo y la descalificación del otro para evitar el dolor psíquico. “...ante el peligro de vivenciar una angustia desgarradora al ser reactivada la situación traumática, la respuesta puede ser de tinte maniaco, con el consiguiente sentimiento de omnipotencia narcisista. Estas defensas pueden incluso dar lugar a una alteración permanente del yo ... que habrá de traducirse en rasgos patológicos de carácter, como la arrogancia, el desprecio y la prepotencia, con los que se intenta enmascarar las heridas narcisistas ocasionadas por el desvalimiento.” (Braier E., 2009)

Curso del tratamiento al día de hoy

Con el transcurso del tratamiento ha habido avances importantes. Ahora vemos que su discurso es mas introspectivo, ya no exige un interlocutor, sino un testigo, un acompañante, a quien le permite la entrada con cuestionamientos, confrontaciones, chistes...etc. Los silencios ahora más que ausencias parecen ser momentos de arduo trabajo de elaboración. Trae los temas que ha evitado trabajar a profundidad en etapas anteriores como la relación con su padre, su cuerpo, la aceptación de la ambivalencia hacia la madre, la dependencia-independencia, su vida sexual, la elección de objeto, entre otros.

Se sabe que para que el paciente se enganche con el tratamiento se requiere que en un primer momento se entable una transferencia positiva, en Ana ésta se manifestó a través de colocarme en el lugar del saber, del rescatador y quien podía contener y darle un sentido a los afectos que experimentaba. El encuadre era totalmente respetado. Se puede pensar que como la angustia

puede tener relación con el temor a la pérdida de amor del objeto se coloca como la niña bien portada cumpliendo todas las consignas que implica el proceso terapéutico y así repetir el vínculo establecido con las primeras figuras.

La transferencia a lo largo del tratamiento fue cambiando de positiva a negativa, en esta última Ana rechaza cualquier intervención que venga de la terapeuta descalificándola, ignorándola o excluyéndola.

Kancyper (1993) señala que en el movimiento de búsqueda de autonomía que hace el adolescente, el sujeto requiere de la presencia y permanencia de un otro que le permita la confrontación generacional en la realidad material, sin que el objeto represente una amenaza. Este es el momento en el que aparece la ambivalencia con la madre, y que repite en sesión fungiendo este espacio como un lugar donde puede hacer una serie de ensayos que posteriormente se pongan en práctica en el exterior.

Meses después la transferencia positiva regresa, hay mucha más libertad para poder expresar su enojo, su simpatía, sus dudas, el abanico de emociones se abre en sesión, hay más libertad y menos culpa, entiende un poco la transitoriedad de las emociones y lo natural de la ambivalencia. Trabaja en la interpretación del material de su discurso, se descoloca del papel de la niña obediente que intenta complacer a la terapeuta y se permite ahora asociar en torno a su propio proceso. Esto nos puede dar un registro de la consolidación de su identidad y así de la salida de la adolescencia.

La psicoterapia le permitió tener, como lo diría Winnicott, (1971) un espacio transicional, un lugar intermedio entre casa de sus abuelos y su propia casa, tiene en la terapia un espacio para ella, dónde presente pasado y futuro se entrelazan para preguntarse por el sentido de su vida y así hacer historia, donde intenta de nuevo, pero de una manera más profunda la conformación e identificación de sí como adulto dejando atrás el rol de niña que la ha hecho regresar en ocasiones anteriores sobre sus pasos.

En este espacio puede ser una niña berrinchuda y una mujer crítica; defenderse con el sarcasmo o mirarse como carente de todas las cualidades; ser permisiva y castigadora; amar y odiar. Integrando estos sentimientos y matizando sus concepciones y expresiones. Y así, en el devaneo de estos opuestos va poco a poco encontrándose en los espacios intermedios, aceptando en cada una de las versiones de ella o del mundo un poco del extremo contrario. Esperamos que Ana pueda cada vez mas ir discriminando, diferenciando y caminando con sus cicatrices narcisistas y pueda por fin conocer, descansar y disfrutar en los estados intermedios de la vida.

v. CONCLUSIONES

Salida de la adolescencia

El caso Ana nos permitió ver la importancia de lo que implica para el sujeto la salida de la adolescencia, la cual no necesariamente está marcada en el contexto externo, como podría ser la elección vocacional, o la entrada al mundo laboral como comúnmente se piensa. A estos procesos subyacen luchas psíquicas y afectivas que deben ser libradas para que esta salida tenga una solidez en el sujeto, evitando con esto la prolongación de la adolescencia, y posibilitando ingresar a la vida adulta con mayores herramientas que impliquen no sólo el contexto externo sino además modificaciones en el mundo interno del sujeto.

Comúnmente se obvia la importancia de este momento de salida concibiéndolo ya como la primera etapa de la vida adulta pero es de mi especial interés reconocer la parte final de la adolescencia. Ésta tiene como característica principal la integración de todo lo que hasta ahora estaba en movimiento. Muchos de los retos y situaciones a las que se ha venido enfrentando demandan una coherencia y estabilidad específicas para las exigencias del mundo al que está a punto de ingresar. Para muchos este proceso de consolidación e integración puede convertirse en fuente de una angustia que promueva una fijación del sujeto a esta etapa generando adultos que permanecen en el rol de adolescentes por el resto de su vida.

Se espera que en la salida de la adolescencia, el sujeto haya conquistado un territorio psíquico y social, independiente de las figuras parentales, donde disminuyan los sentimientos ambivalentes que hasta ahora habían sido experimentados, percibiendo a los padres en un plano más humano. Para lograr esto, como señala Urribarri, (1990) deberán predominar los sentimientos amorosos, de tal modo que neutralicen los impulsos hostiles, y que el amor hacia el padre del mismo sexo, promueva su apartamiento y no un temor hacia él o un enfrentamiento.

En cuanto a la sexualidad, el adolescente deberá integrar tanto la sexualidad infantil, como aquello que se despierta en él con el acceso a la sexualidad genital. Sabemos que con el advenimiento de la pubertad, la sexualidad que durante la infancia era auto erótica donde predominaba la ternura, en este nuevo escenario, pasa a una sexualidad *genital*, donde el *hallazgo de objeto* cumple un papel predominante, presente ya, desde la vida infantil, y que en la adolescencia terminará por lograrse. Dice Freud: “la fórmula para la nueva función de las zonas erógenas sería: Son empleadas para posibilitar, por medio del placer previo que ellas ganan como en la vida infantil, la producción del placer de satisfacción mayor.” (Freud, 1905, p. 192)

Por tanto al concluir la adolescencia se esperaría que en la vida adulta hubiera una incorporación en el desarrollo sexual de estos dos momentos: la sexualidad infantil y la sexualidad adolescente, conservando la ternura y la sensualidad correspondiente, y consolidándose así una identidad sexual.

En este momento de salida, también se esperaría que el sujeto se haya identificado con una identidad adulta en la que sea capaz de tomar decisiones acorde a su deseo, que se permita amar y ser amado, que pueda realizar actividades que le den satisfacción, que se reconozca como un ser independiente y capaz de responsabilizarse por sí mismo, y que tenga comprensión hacia quienes lo rodean. Un ser que le apueste a la felicidad.

Importancia de la psicoterapia en la adolescencia

La importancia que esta maestría esté planteada en una integración teórico práctica radica en que el aprendizaje nos da una visión de todos los factores que abarca la clínica, la teoría deja de estar compuesta por conceptos y se convierte en experiencia, en afectos, en incertidumbres, los cuales dan una idea completa de la complejidad del ejercicio terapéutico.

A lo largo de este camino pude observar la importancia de la psicoterapia en la etapa de la adolescencia, ésta es una oportunidad de contar con un espacio para reflexionar, confrontar, elaborar, y hacer sucesivos ensayos de lo que

podría implicar para el sujeto el paso por este periodo e ingresar a la vida adulta.

La psicoterapia se coloca como alternativa frente a la realidad externa en la que los adolescentes tienen infinidad de oportunidades para dar salida a la exigencia pulsional por medio de la actuación. En psicoterapia se favorece el aumento de la gama de mecanismos que permitan entender, organizar y simbolizar dichas pulsiones para que actúen a favor del sujeto. Evitando actos impulsivos, inconscientes que los pongan en riesgo.

En cuanto al tema del narcisismo que ha ocupado gran parte del desarrollo de este trabajo, es importante para todo terapeuta de adolescentes recordar que en esta etapa éste sufre un debilitamiento importante compensado por el ideal del yo por lo que el trabajo con esta instancia ideal ocupará un papel central en el tratamiento. Un punto importante es observar cómo se va gestando este ideal del yo para que sea acorde con el deseo del propio sujeto y no este anclado al deseo de los padres. Así como también que las aspiraciones que se tengan sean congruentes con las capacidades del sujeto y la realidad exterior.

Debido a la gran demanda que existe en las instituciones para atender a este sector de la población, es común ver que se formen grupos terapéuticos con problemáticas específicas. Entre ellos tenemos grupos en situación de adicciones, bajo rendimiento escolar, violencia intrafamiliar, abuso sexual, entre otros. La psicoterapia grupal en la adolescencia es muy enriquecedora ya que recordemos que desde lo intersubjetivo, en el adolescente hay una desidealización de las figuras parentales y gran parte de lo que hasta ahora estaba establecido por ellos es hoy cuestionado. El grupo de pares es ahora altamente catectizado cumpliendo una función esencial en las nuevas aspiraciones y puntos de referencia que tendrá el sujeto. Lo anterior nos lleva a proponer a la psicoterapia de grupo como una alternativa de intervención favorable para los adolescentes. Comúnmente son las escuelas o los padres quienes demandan la atención psicológica, traen no solo a su hijo o alumno, sino que con él una cantidad importante de etiquetas que amarran al adolescente en una imagen específica de sí. Si el adolescente no logra

establecer una demanda propia en la primera etapa del tratamiento, el pronóstico de la psicoterapia difícilmente tendrá resultados alentadores. La existencia o construcción de esta demanda, así como el vínculo que se genere entre el paciente y el terapeuta, constituirán la base del proceso terapéutico y serán en gran medida lo que determine el curso que éste pueda tener.

De acuerdo con mi experiencia en la clínica con adolescentes, este proceso puede ser largo, pero una vez que el adolescente reconoce el espacio terapéutico como un lugar propio (más allá de las demandas parentales o escolares), establece su demanda y reconoce en el terapeuta a un aliado, un objeto “relevo” (Jeamet) entonces el curso del tratamiento se abre como una nueva posibilidad. Comienza así una de las partes más sorprendentes de la clínica con adolescentes. Se abre entre paciente y terapeuta un espacio de confianza, compromiso y trabajo, en el que el adolescente se permite experimentar y simbolizar con una intensidad propia de esta etapa, toda una gama de emociones y afectos, construir explicaciones de su realidad, destruir y reconstruir las imagos parentales, hablar de su sexualidad, de sus miedos, de sus fracasos, de su dolor, es decir, encuentra en la psicoterapia un espacio seguro para construir su nueva identidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aberastury, A. & Knobel, M. (1998). *La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico*. México: Paidós Educador.
- Bleichmar, H. (1978) *La depresión: un estudio psicoanalítico*. Buenos Aires. Ed. Nueva Visión. 1ª ed. 11ª reimp. Psicología Contemporánea.
- Bleichmar, H. (1984) *El narcisismo. Estudio sobre la enunciación y la gramática del inconsciente*. Buenos Aires. Ed. Nueva Visión. 1ª ed. 6ª reimp. Psicología Contemporánea.
- Blos, P., (1971) *Psicoanálisis de la adolescencia*. México. Editorial Joaquín Mortiz.
- Blos P.(1996). *La transición del adolescente*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Braier, E. Las heridas narcisistas en el trauma psíquico temprano. Teoría y clínica. Recuperado el 4 de febrero de 2009 de <http://www.intercanvis.es/pdf/06/06-03.pdf>
- Freud, S. (1905). Tres Ensayos Sobre una Teoría Sexual. *En Obras Completas*, vol. VII. Bs. As., Argentina: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1909 [1908]). La Novela Familiar de los Neuróticos. *En Obras Completas*, vol. IX. Bs. As., Argentina: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1912). Sobre la Dinámica de la Trasferencia. *En Obras Completas*, vol. XII. Bs. As., Argentina: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1914). Recordar, Repetir y Reelaborar. *En Obras Completas*, vol. XII. Bs. As., Argentina: Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1914. Introducción al Narcisismo. *En Obras Completas*, vol. XIV. Bs. As., Argentina: Amorrortu Editores

- Freud, S. (1915 [1914]). Puntualizaciones Sobre el Amor de Trasferencia. *En Obras Completas*, vol. XII. Bs. As., Argentina: Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1917 [1915]). Duelo y Melancolía. *En Obras Completas*, vol. XIV. Bs. As., Argentina: Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1921) Psicología de las masas y análisis del yo. *En Obras Completas*, vol. XVIII. Bs. As., Argentina: Amorrortu Editores

- Freud, S. (1923). El yo y el ello. *En Obras Completas*, vol. XIX. Bs. As., Argentina: Amorrortu Editores

- Freud, S. (1926 [1925]). Inhibición Síntoma y Angustia. *En Obras Completas*, vol. XX. Bs. As., Argentina: Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1950 [1895]). Proyecto de psicología. *En Obras Completas*, vol. I. Bs. As., Argentina: Amorrortu Editores.

- Freud, A. (2007). *El yo y los Mecanismos de Defensa*. México, Bs. As., Barcelona: Paidós.

- Kancyper, L. (1993). Angustia y Poder en la Confrontación Generacional. *Revista de Psicoanálisis*. (6): 1215-1233.

- Kancyper, L. (2007). *Adolescencia: el Fin de la Ingenuidad*. Buenos Aires México: Grupo Editorial Lumen.

- Klein, A. (2002). *Imágenes Psicoanalíticas y Sociales del Adolescente. Condiciones de Surgimiento de la Adolescencia en la Modernidad y el Disciplinamiento Adolescente en la Posmodernidad*. Uruguay: Psicolibros.

- Korman, V. (1977). *Teoría de la identificación y psicosis*. Buenos Aires. Ed. Nueva visión.

- Laplanche, J. & Pontalis, J. (1996). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona, Bs. As., México: Paidós.

- Mannoni, O; Deluz, B.; Gibello, B.; Hébrard, (2001) J. *La crisis de la adolescencia*. Barcelona. Ed. Gedisa. 4ª reimpresión

- Nasio, J.D., (1996) *Enseñanza de 7 conceptos cruciales de psicoanálisis*. Barcelona. Gedisa Editorial.

- Urribarri, R. (1990). Sobre Adolescencia, Duelo y a posteriori. *Revista de Psicoanálisis*. (4): 785-807.

- Vega, M. Barrionuevo J., Vega V., (2007) *Escritos psicoanalíticos sobre adolescencia*. Buenos Aires, Eudeba.

- Winnicott, D. (1971). *Realidad y juego*. Gedisa. Argentina.